
Número 6 / 2006 • 2,80 Euros (Spain only)
muy HISTORIA
DOSSIER
10 BIOGRAFÍAS
Figuras legendarias: de Toro Sentado a Buffalo Bill
www.muyinteresante.es
8 414237 001143 00006
Printed in Spain. Canarias: 2,95 € (sin IVA), incluido transporte
El Lejano Oeste
del mito a la Historia
El Sueño del Oeste, por Antonio Muñoz Molina
•Todas las tribus de Norteamérica • La conquista del Far West • Un día en la vida de los apaches • Cowboys y pistoleros: la ley del más fuerte • El fotógrafo de los indios • Casacas azules contra diablos rojos • Y el western conquistó el cine...



SUMARIO



Una de indios y vaqueros El "western" teatralizó en el cine la vida en el oeste norteamericano. En la imagen, Henry Fonda en "Pasión de los fuertes", de John Ford (1946). Pág. 78



ALBUM

DOSSIER

Samuel Colt, Custer o Buffalo Bill y Calamity Jane (juntos en la fotografía), son algunos de los rostros más célebres que el Lejano Oeste ha legado a la posteridad. Pág. 50

COVER

Sobrevivir en las ciudades sin ley A menudo eran los propios habitantes de las poblaciones del Far West quienes ejercían la justicia (en la foto, la ciudad de Dodge City). Pág. 36

COVER

ACI



Esculturas religiosas Los tótems, como éste de Vancouver, Canadá, representaban la pertenencia a una familia o clan y revelaban sus creencias. Pág. 68

QUERIDOS LECTORES

Una de indios (y vaqueros)



Nuestro monográfico de verano se va al Viejo, Lejano y Salvaje Oeste, ese lugar legendario situado –en el tiempo histórico– a todo lo largo del siglo XIX y, en el espacio geográfico, en la parte occidental de los actuales Estados Unidos, pero también en la frontera septentrional de lo que hoy es México y en las inmensas praderas centrales del continente norteamericano. Pocas épocas de la historia reciente han generado tantas ficciones, idealizaciones y mitologías, hasta el punto de fundirse entre sí y dar origen al más clásico de los géneros cinematográficos, el "western". Exploradores y tramperos, ferrocarriles y diligencias, indios y cowboys, forajidos y sheriffs, caballos y bisontes... De todo ello hablamos en este número, a la sola luz de los hechos, hoy ya perfectamente documentados. Como dice Antonio Muñoz Molina en su presentación, "las leyendas, las mentiras y los malentendidos son tan poderosos que con frecuencia resultan más atractivos y tienen más crédito que la propia historia". Aquí los hemos dejado de lado. Hoy, cuando los niños ya casi no juegan a indios y vaqueros, es el momento de contar la verdadera historia del Oeste americano. Es también la historia del nacimiento de una nación.

José Pardina, Director (jpardina@gyj.es)

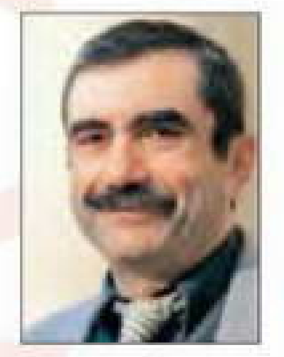


TENÍAMOS DOS PORTADAS...

... pero había que decidirse por una. Al principio, íbamos a publicar la de la derecha, donde aparecen juntos -posando y sin fotomontaje- dos personajes legendarios, pero históricos, del Lejano Oeste: Toro Sentado y Buffalo Bill. Optamos finalmente por la de la izquierda, atrapados por la fuerza expresiva de sus protagonistas: uno sigue siendo Sitting Bull, 20 años más joven; el otro, un trampero sin identificar, con cara de pocos amigos y bastante más salvaje que el noble jefe sioux.



Escriben en este número:



Antonio Muñoz Molina
Académico de la Lengua y Director del Instituto Cervantes de Nueva York, presenta nuestro monográfico.



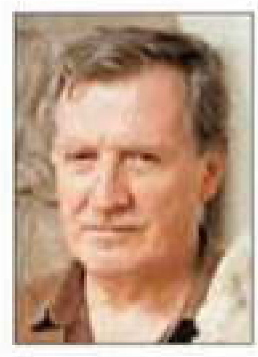
Pilar Ponce
Doctora en Geografía e Historia y profesora titular de Historia de América en la Universidad Complutense de Madrid.



Ignacio Marina
Nuestro comentarista de libros trabaja en la revista "Capital". En 1994 publicó su novela "Pretérito Imperfecto".



Juan A. Guerrero
Sevillano, historiador militar y periodista. Aquí escribe sobre "las guerras indias" que asolaron el Oeste americano.



Carlo Caranci
Historiador africanista y oceanista, presidió la Asociación Española de Estudios del Pacífico y dirige su revista.



Vicente F. de Bobadilla
Periodista y escritor, empezó en MUY y sigue colaborando con nosotros. En otoño aparece su nuevo libro "Es cosa de hombres" (Algaida).

FOTOS DE PORTADA: COVER/GETTY



Número 6 - Año 2006

El Lejano Oeste, del mito a la Historia

DIRECTOR
José Pardina (jpardina@gyj.es)
DIRECTOR DE ARTE
Santiago Mínguez, *adjunto a la dirección* (sminguez@gyj.es)
REDACTORA JEFE
Palma Lagunilla, *coordinadora* (plagunilla@gyj.es)
DISEÑO Y MAQUETACIÓN
Óscar Gómez, *jefe* (ogomez@gyj.es),
Óscar Álvarez, *ayudante* (oalvarez@gyj.es)
EDITORA GRÁFICA
Manuela Arias (marias@gyj.es)
EDICIÓN
Ana Ormaechea (aormaechea@gyj.es)
HAN COLABORADO EN ESTE NÚMERO:
Carlos Aguilera, Abraham Alonso, Jaime Asensio, Fernando Aznar, Antonio Barrera, Carlo Caranci, Aldo Caroli, Gonzalo Carmona, Vicente Fernández de Bobadilla, Juan Antonio Guerrero, Miguel Mañueco, Ignacio Marina, Antonio Muñoz Molina, Luis Otero, José Antonio Peñas, Pilar Ponce, Carlos Romeu, Laura Spianelli
REDACCIÓN
Albasanz, 15. Edificio A. 28037 Madrid
Tel: 91 436 98 00 y 91 436 98 30
Fax: 91 575 91 28
E-mail: mhistoria@gyj.es
Suscripciones: suscripciones@gyj.es
UNA PUBLICACIÓN DE



G Y J ESPAÑA EDICIONES, S.L., S. EN C.
PRESIDENTE: Torsten J. Klein
CONSEJERO DELEGADO: Carsten R. Moser
DIRECTOR GERENTE: Markus Kley
PRODUCCIÓN: José Manuel Hernández
DISTRIBUCIÓN: Víctor de la Traba
ADMINISTRACIÓN: Higinio Hijós
PLANIFICACIÓN: Sonia Fuentes
INFORMÁTICA: Isidro Sánchez-Mayoral
MARKETING Y COMUNICACIÓN: Isabel Colomina
MULTIMEDI@: Marisa Moya

PUBLICIDAD
DIRECTORA: Elena Sánchez-Fabrés
SUBDIRECTOR MADRID: Jesús González
JEFE DE GRUPO MADRID: Santiago Brioso
JEFA DE PUBLICIDAD MADRID: Arancxa del Pozo
COORDINACIÓN: Marita Azcue
Albasanz, 15. Edificio A
28037 Madrid
DELEGACIÓN BARCELONA:
Luis Garcés (subdirector),
Esperanza Fiallo (jefa de grupo),
Javier Muñoz (jefe de publicidad)
y Carlos Gil (coordinador)
Tel: 93 240 10 00 Fax: 93 200 72 69
Travesera de Gracia, 56 08006 Barcelona
DELEGACIÓN VALENCIA:
Ramón Medina Mora
Tel: 96 391 01 91 Fax: 96 391 01 41
Quart, 2 puerta 2
46001 Valencia
PUBLICIDAD INTERNACIONAL:
Silvia Dudda
Tel: 91 436 97 62

DISTRIBUCIÓN:
G y J España Ediciones, S.L., S. en C.
Albasanz, 15. Edificio A
28037 Madrid
Tel: 91 436 98 93
PRECIO DEL EJEMPLAR:
2,80 euros (IVA incluido)
CANARIAS: 2,95 euros (sin IVA), incluidos gastos de transporte
CEUTA Y MELILLA: 2,80 euros (sin IVA), incluidos gastos de transporte
DEPÓSITO LEGAL: M-35196-2005. ISSN 1885-5180

FOTOMECÁNICA: Gama Color
IMPRESIÓN: Ruan S.A.



Solicitado control OJD

ENTRE EL MITO Y LA HISTORIA

Sueños del Oeste

La literatura y el cine han ofrecido una versión apasionada y, muchas veces, distorsionada de la Conquista del Oeste. Universos de ficción al fin, fueron asumidos durante años como testimonios reales. Y es que las leyendas han sido siempre más atractivas que la historia. Por **Antonio Muñoz Molina**

Las mentiras y las leyendas sobre el Oeste nos parecen inseparables del cine, pero son mucho más antiguas que él. Las leyendas, las mentiras y los malentendidos, son tan poderosos que, con mucha frecuencia, tienen más crédito y resultan más atractivos que la propia historia. Pero eso ha ocurrido desde el mismo principio; desde que las cartas de Colón y las primeras crónicas de Indias revelaron la existencia de un mundo para el que no había escalas posibles de comparación ni de verosimilitud en la realidad europea. Sin embargo, el propio Colón ya iba guiado por leyendas y vivió hasta el final enredado en una geografía fantástica, más cercana a los bestiarios medievales que a los mapas veraces de sus compatriotas genoveses. América, desde el principio, fue un espacio fantástico, en el que podía encontrarse igual el paraíso terrenal del Génesis que el reino del Preste Juan de Etiopía o el de las amazonas mitológicas que se cortaban un pecho para disparar mejor sus flechas letales. A las Indias iban personas en apariencia sensatas, en busca de ciudades construidas de oro macizo, de fuentes de las que manaría el agua de la perpetua juventud o de ínsulas como las de las novelas de caballerías.

Jesse James y Billy el Niño, herederos de Robin Hood

El delirio de Don Quijote debía de ser el estado normal de muchos de los exploradores y los relatos que circulaban por Europa eran más disparatados a medida que se alejaban de las fuentes originales. Hernán Cortés era tan aficionado a Julio César como a Amadís de Gaula y los viajes de Cabeza de Vaca o de Lope de Aguirre eran tan inverosímiles que, para aceptarlos como ciertos, se hacía preciso ensanchar los límites de la realidad. El gran ciclo legendario del Oeste americano tiene su origen en el impacto sobre las imaginaciones europeas de los relatos de los cronistas españoles, pero cobra su forma en la cultura de masas del siglo XIX, y perpetúa hasta hoy mismo algunas fábulas sobre el estado de naturaleza y el "buen salvaje" elaboradas en el XVIII. La Fiebre del Oro en California se alimentó del antiguo mito español de Eldorado, pero en él había, junto al misticismo y la codicia, un componente de progreso técnico y de racionalidad capitalista. La fascinación por el forajido, por el fuera de la ley que roba a los ricos y favorece a los pobres, era ya muy antigua cuando empezaron a celebrarse las hazañas de Billy el Niño o de Jesse James, herederos en el fondo del rebelde Robin Hood y de todos los bandidos generosos del folclore europeo. La gran diferencia es que las historias de Billy el Niño y de Jesse James se difundieron gracias



Tierras de codicia
Si los conquistadores españoles habían viajado hasta el lago Guatavita para encontrar las riquezas de Eldorado, el Lejano Oeste se convirtió en el destino de miles de pioneros en busca de oro (parque nacional en Wyoming).



Gobernantes con distinto estilo

Los rostros de los presidentes estadounidenses –Washington, Jefferson, Roosevelt y Lincoln– esculpidos en la montaña Rushmore (Dakota del Sur) contrastan con la reunión de jefes indios (dcha.), vestidos de gala.

CORDON

COVER

a los medios de masas propiciados por las tecnologías del siglo XX: el periodismo popular, las novelas impresas en papel barato y con ilustraciones truculentas, y luego, inmediatamente, el cine. Los primeros héroes de ficción cinematográfica son forajidos del Oeste. Y las películas de indios y vaqueros son la derivación literal de los espectáculos circenses con los que alimentó su propia leyenda el gran farsante de Buffalo Bill y que tampoco habrían sido posibles sin el desarrollo tecnológico. Es el caso de los ferrocarriles que llevaban de ciudad en ciudad a las troupes enormes en las que actuaban de comparsas algunos de los mismos guerreros indios que un poco antes aún combatían al ejército; la iluminación de gas y luego las lámparas eléctricas que realzaban el colorido de los espectáculos y permitían funciones nocturnas; la misma existencia de grandes ciudades con masas trabajadoras necesitadas de entretenimiento barato. A medida que el Oeste iba siendo colonizado, roturado y explotado por los ferrocarriles y las compañías mineras, su leyenda cobraba forma, con una doble perspectiva que perdura hasta hoy: la exaltación épica y la nostalgia; el entusiasmo por lo nuevo y la pena por lo que se ha perdido o está a punto de perderse.

Los primeros relatos de Colón habían descrito a los nativos de aquellas islas –que él no sabía tan cercanas a un gran continente– como seres inocentes en armonía con ▶

Triste mirada al futuro

Cuando los antropólogos comenzaron a estudiar las particularidades de las tribus, ya eran conscientes de que su final estaba cerca (imagen del jefe sioux Oso Levantado).

AGE

una naturaleza generosa que les ofrecía abrigo y sustento, sin necesidad del trabajo. Esa leyenda fue abrazada en Europa por escritores que la convirtieron casi en un programa político. Montaigne, en el siglo XVI, ya elogia las virtudes del estado de naturaleza en el que viven los indios casi en los mismos términos en que Rousseau imaginará en el siglo XVIII al hombre emancipado de las normas sociales, libre del cepo opresivo de la civilización. El éxito de la novela de Fenimore Cooper, "El último Mohicano", perfila ya para siempre la idea romántica del indio que adquirimos muchos de nosotros en las películas de nuestra infancia y en las novelas olvidadas de Karl May y Zane Grey. Es el nativo saludable y heroico que sabe vivir en medio de la naturaleza, en perfecta comunión con ella, y que está condenado a la derrota y a la extinción por culpa del avance del mundo moderno, de la civilización tecnológica y devastadora llegada de Europa.

En los años 60 del siglo XX, el coronel Custer pasó de héroe romántico a psicópata genocida





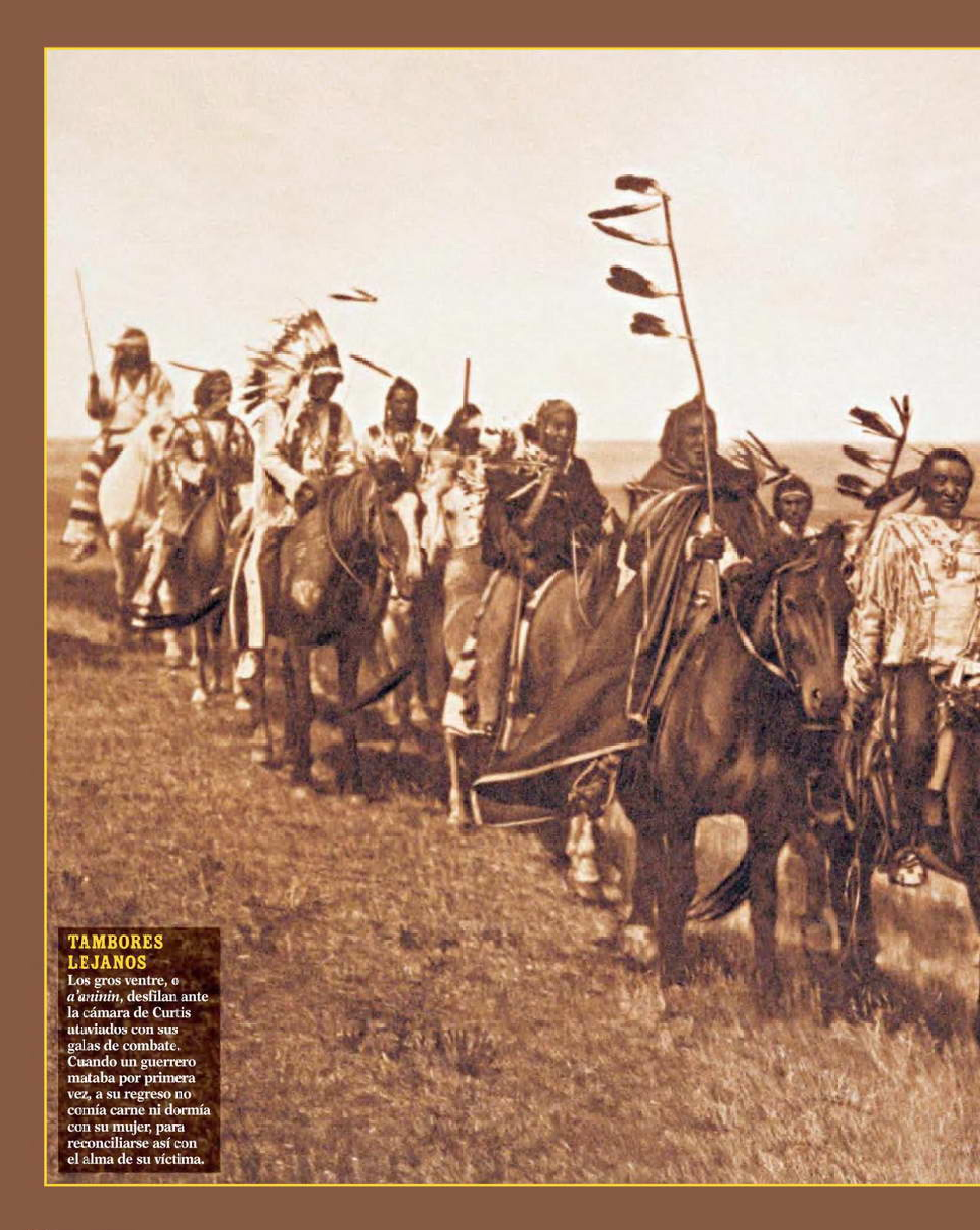
La ficción supera la realidad
Hollywood "fabricó" en sus estudios (arriba, set de rodaje en Arizona) una historia del Oeste a su medida –dcha., "Wyatt Earp" (L. Kasdan, 1994)–. También reflejaron algunas tradiciones reales, como las danzas indias, representadas en esta litografía.

Los primeros cronistas vieron el Oeste con mirada europea

Hacia 1830, cuando George Catlin empezó su trabajo formidable de catalogación visual de las tribus de las praderas, ya tenía una conciencia muy aguda de estar asistiendo al final de un mundo. Los orgullosos jefes indios a los que retrataba se pintaban las caras de rojo con pinturas compradas a los traficantes blancos; ostentaban tomahawks con hojas de acero fundidas en Pittsburgh; y se colgaban al cuello cintas y medallas regaladas por los agentes del gobierno. La mirada de Catlin, igual que lo había sido la de Chateaubriand y lo sería luego la de muchos directores de cine y aficionados a la antropología, estaba percibiendo la realidad del Oeste americano a través del filtro de un mito tan europeo y tan antiguo como el de la Edad de Oro. Su antigüedad no lo hace menos obsoleto: en virtud de él se fundaron en los años sesenta y setenta del pasado siglo comunas agrícolas y escuelas experimentales. Y todavía actúa sobre nosotros cuando entramos a una tienda de productos orgánicos o cuando nos extasiamos en el cine viendo "Pequeño Gran Hombre" (Arthur Penn, 1970) o "Bailando con Lobos" (Kevin Costner, 1990). Sin embargo, me parece que la épica del Oeste, en realidad, ya se ha quedado tan perdida como el Oeste mismo o como la vieja cultura europea que se reflejó en él. Ahora sabemos que Buffalo Bill Cody era un showman cínico y, de cualquier modo, su atractivo romántico como cazador de bisontes quedó desacreditado para siempre cuando el surgimiento de la conciencia ecológica lo convirtió en un simple matarife. Después de las sublevaciones de los años sesenta, el coronel Custer pasó de héroe romántico con el bigote y la melena de Errol Flynn a psicópata y genocida, y Billy el Niño dejó de ser un bandido generoso para convertirse en una especie de rebelde adolescente sin causa, que deambulaba por aquella película de Sam Peckinpah mientras sonaban la guitarra y la voz de Bob Dylan. Cada época inventa su pasado: en una película de Walter Hill, "Forajidos de leyenda" (1980), los hermanos James son guerrilleros melenudos que defienden una causa justa y condenada.

Cuando los niños dejaron de jugar a indios y vaqueros

Me temo que el Oeste no ha sobrevivido a su desmitificación: a la violencia de las películas de Peckinpah; al sadismo, la ironía y la mugre de las de Sergio Leone; a la monotonía temática y visual de un género que sólo Clint Eastwood ha sabido revivir. En el fondo, hasta en la forma, el jinete solitario y justiciero de tantas películas del Oeste era el caballero andante de las leyendas medievales, con apenas unos cambios menores de vestuario y armamento. Cuando Sergio Leone convirtió a Henry Fonda en un asesino sin conciencia, poniéndole unas lentillas para acentuar la claridad ahora traicionera de sus ojos azules, el mito estaba quedando tan desacreditado como cuando se supo que Jesse James no fue jamás un héroe, sino un ladrón y un canalla sin ideales ni escrúpulos. Ahora sabemos que aquellos *Colt 45* de las películas eran tan rudos y pesados que nadie habría podido manejarlos con una sola mano, y que provocaban atroces carnicerías las pocas veces que acertaban. En cuanto a los indios, nobles y vencidos, ahora resulta que han abierto casinos en todas las reservas. Bien es verdad que, salvo algunas personas que vamos teniendo cierta edad, ya nadie se acuerda de aquellas leyendas y que los niños dejaron hace mucho tiempo de jugar a vaqueros y pieles rojas. ■



TAMBORES LEJANOS
Los gros ventre, o *a'aninin*, desfilan ante la cámara de Curtis ataviados con sus galas de combate. Cuando un guerrero mataba por primera vez, a su regreso no comía carne ni dormía con su mujer, para reconciliarse así con el alma de su víctima.

PIELES ROJAS (¡AUTÉNTICOS!)

En la primera década del siglo XX, armado con su cámara, el fotógrafo Edward Curtis convivió con más de 80 tribus indias y recogió el testimonio visual de unos hombres y tradiciones que ya estaban a punto de desaparecer. Hoy sus fotograbados son Historia.

Por **Ana Ormaechea** Fotografías **Edward Curtis / Cover**

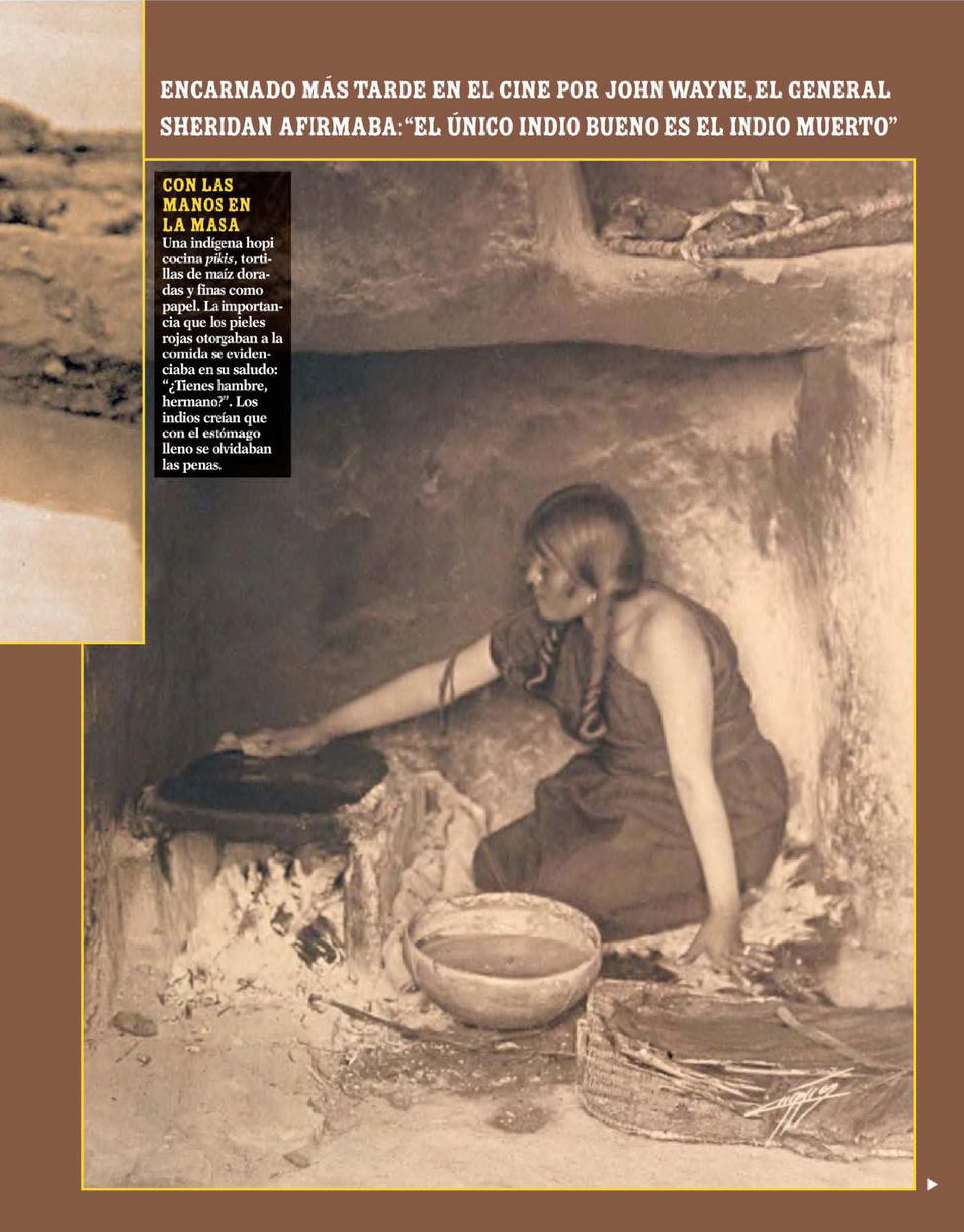


SOLDADOS-PERRO
Así llamaban los franceses a los cheyenes o tribu *sha hi' yena*, a la que pertenecen estos guerreros. Eran un pueblo valiente. Para celebrar una jornada soleada, decían: "Es un buen día para morir".

MUJERES DE FUEGO
El singular peinado de las indias hopi imitaba una flor de calabaza e indicaba que todavía eran vírgenes. Instalados junto al Río Grande, eran una de las pocas tribus no cazadoras que vivía de la agricultura.

AL MAL TIEMPO, BUENA CARA
Los nunivak, asentados en tierras de la actual Alaska, vivían en condiciones muy duras. Para sus ceremonias usaban tambores de más de un metro de diámetro, fabricados con estómago o vejiga de morsa.

ENCARNADO MÁS TARDE EN EL CINE POR JOHN WAYNE, EL GENERAL SHERIDAN AFIRMABA: "EL ÚNICO INDIO BUENO ES EL INDIO MUERTO"



CON LAS MANOS EN LA MASA
Una indígena hopi cocina *pikis*, tortillas de maíz doradas y finas como papel. La importancia que los pieles rojas otorgaban a la comida se evidenciaba en su saludo: "¿Tienes hambre, hermano?". Los indios creían que con el estómago lleno se olvidaban las penas.



REMONTANDO EL RÍO
Las mujeres nootka remaban con la misma habilidad que sus hombres. Desde las canoas fabricadas con corteza de árbol recogían algas, uno de los alimentos preferidos de las tribus de la costa del Pacífico.

UN SABROSO TATANKA
Los cazadores de bisontes lograban su presa persiguiéndola durante horas o infiltrándose disfrazados en la manada. La vida de los pobladores de las llanuras dependía completamente de este animal, al que respetaban y adoraban.





ARMA LETAL
Como las otras tribus de las llanuras, los assiniboin mataban con sus flechas sólo los bisontes necesarios para sobrevivir. Las armas de fuego diezmaron la población de este animal, que se redujo en un siglo de 100 millones de ejemplares a unos pocos cientos.

LOS SIOUX SE UNTABAN EL CUERPO CON GRASA Y SE CUBRÍAN CON UNA PIEL PARA CONFUNDIRSE, ARMADOS, ENTRE LOS BISONTES

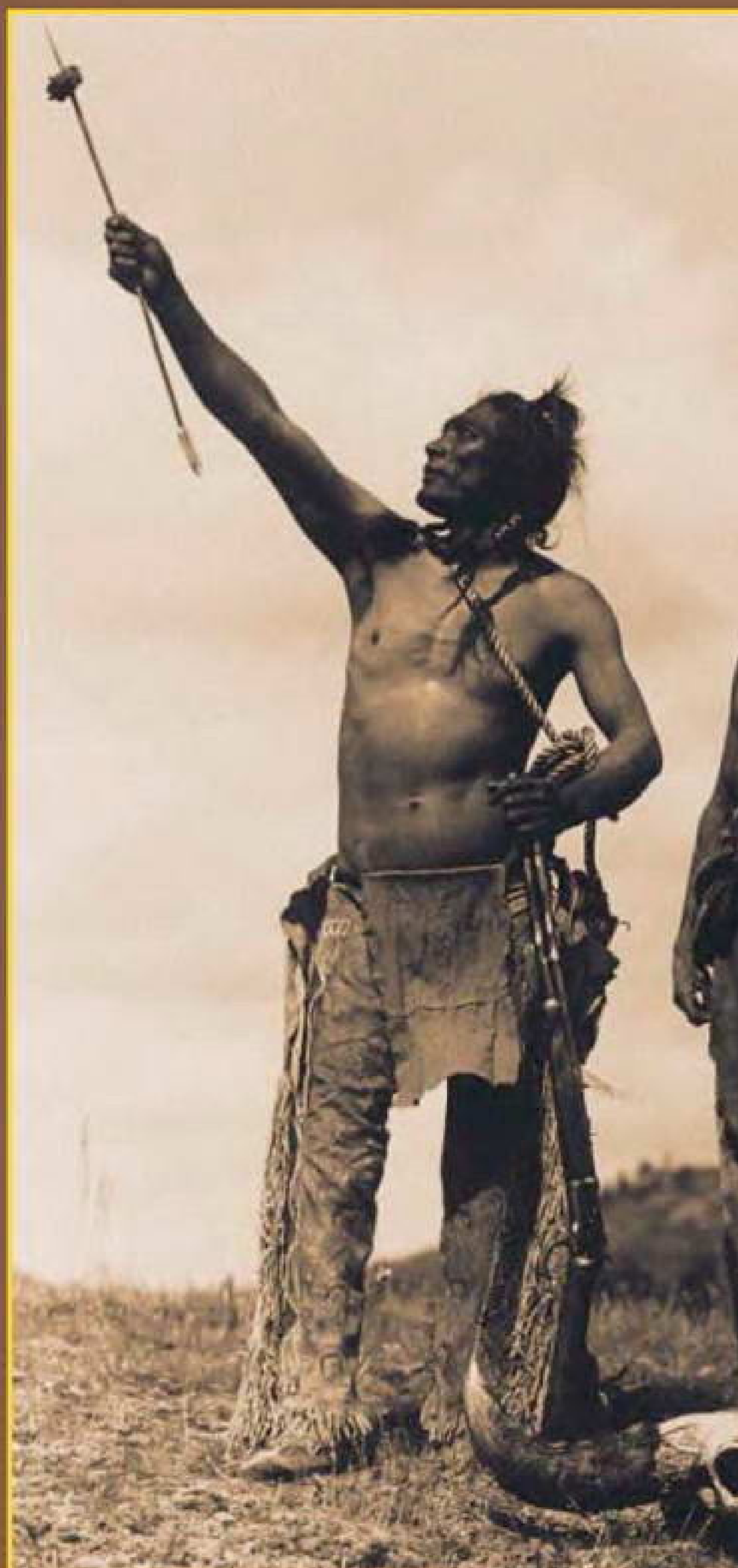
CON EL MÍNIMO EQUIPO
"Espera con calma y las grandes cosas rojas saltarán a tu boca", rezaba una leyenda india. La paciencia era una de las virtudes de los pescadores de la tribu nootka, a la que pertenecía este arquero.

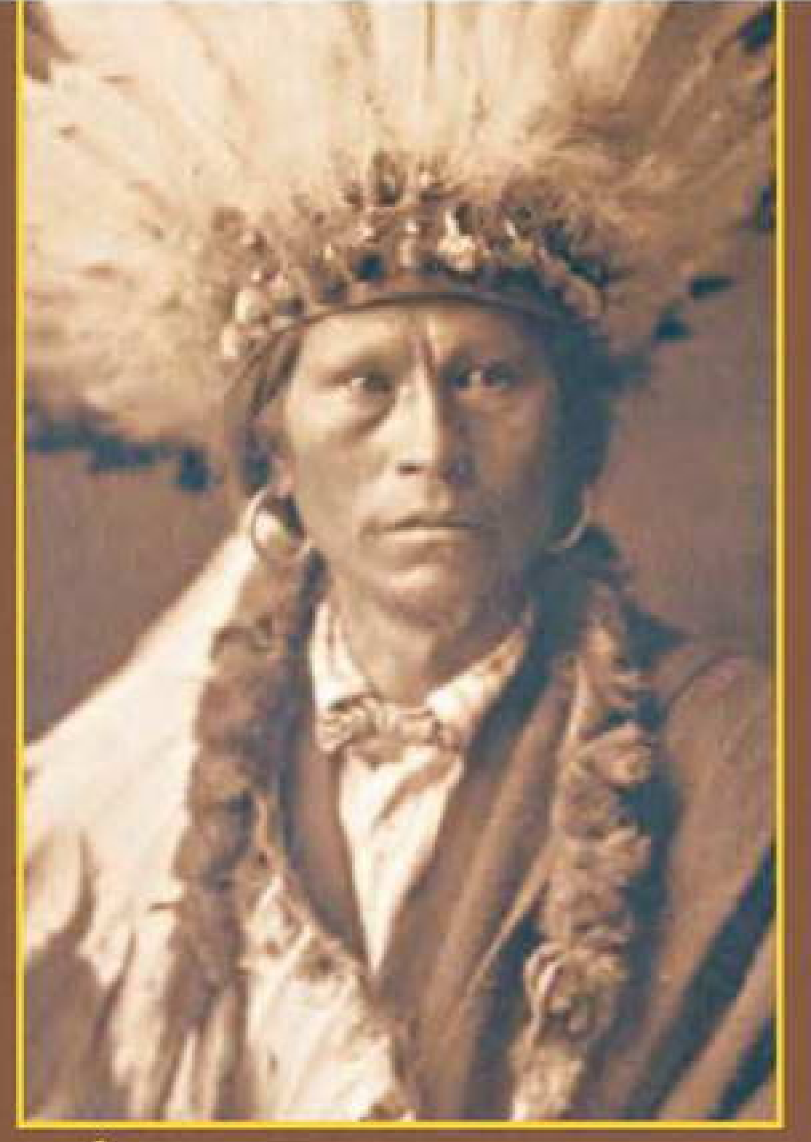
PARA LOS INDIOS, MATAR ERA ALGO SAGRADO; POR ESO HONRABAN A LOS CAÍDOS EN EL COMBATE, INCLUSO CUANDO ERAN ENEMIGOS

EL ROSTRO IMPENETRABLE
Cada una de las plumas que luce este viejo guerrero sioux indica un acto de valentía en pasadas batallas. Además, creían que el alma residía en el pelo, por lo que cortaban la cabellera de sus enemigos y la llevaban consigo para que les defendiera en nuevos combates.



ORGULLO DE SANGRE
Absaroke significa “pueblo del pájaro” y la tribu debe su nombre al culto que rendían a los halcones (1908).

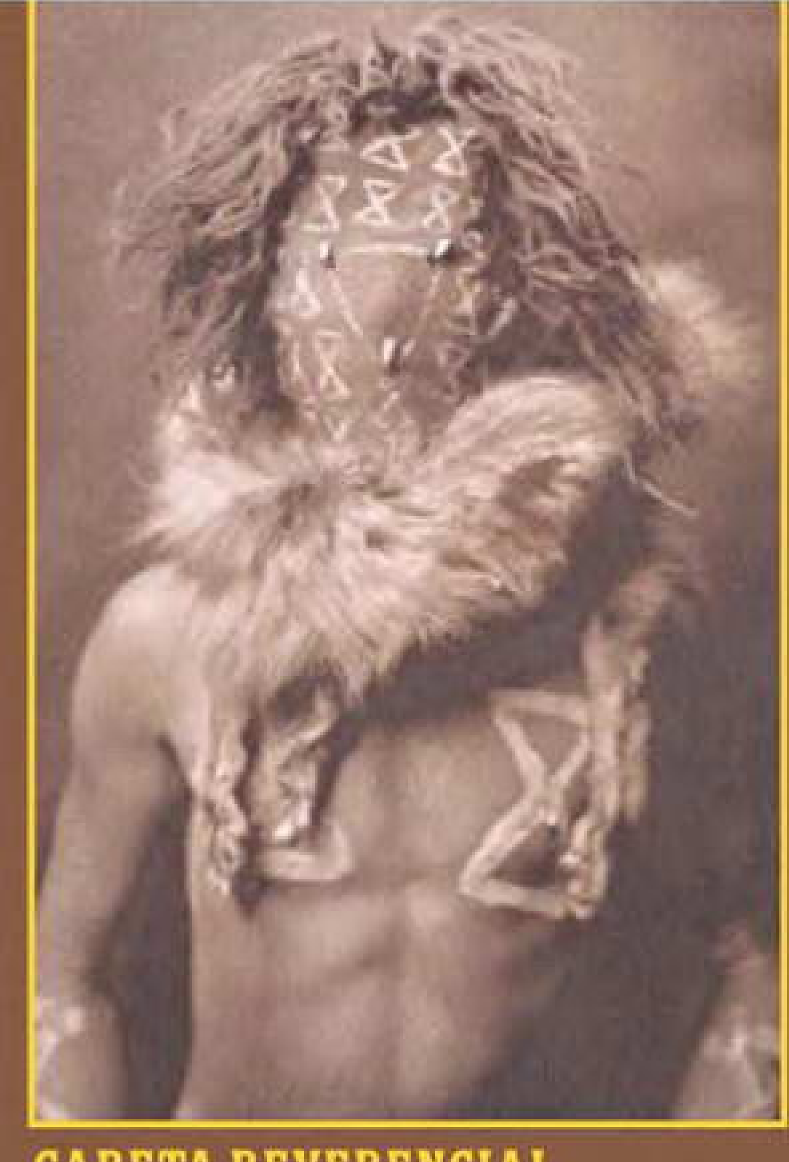




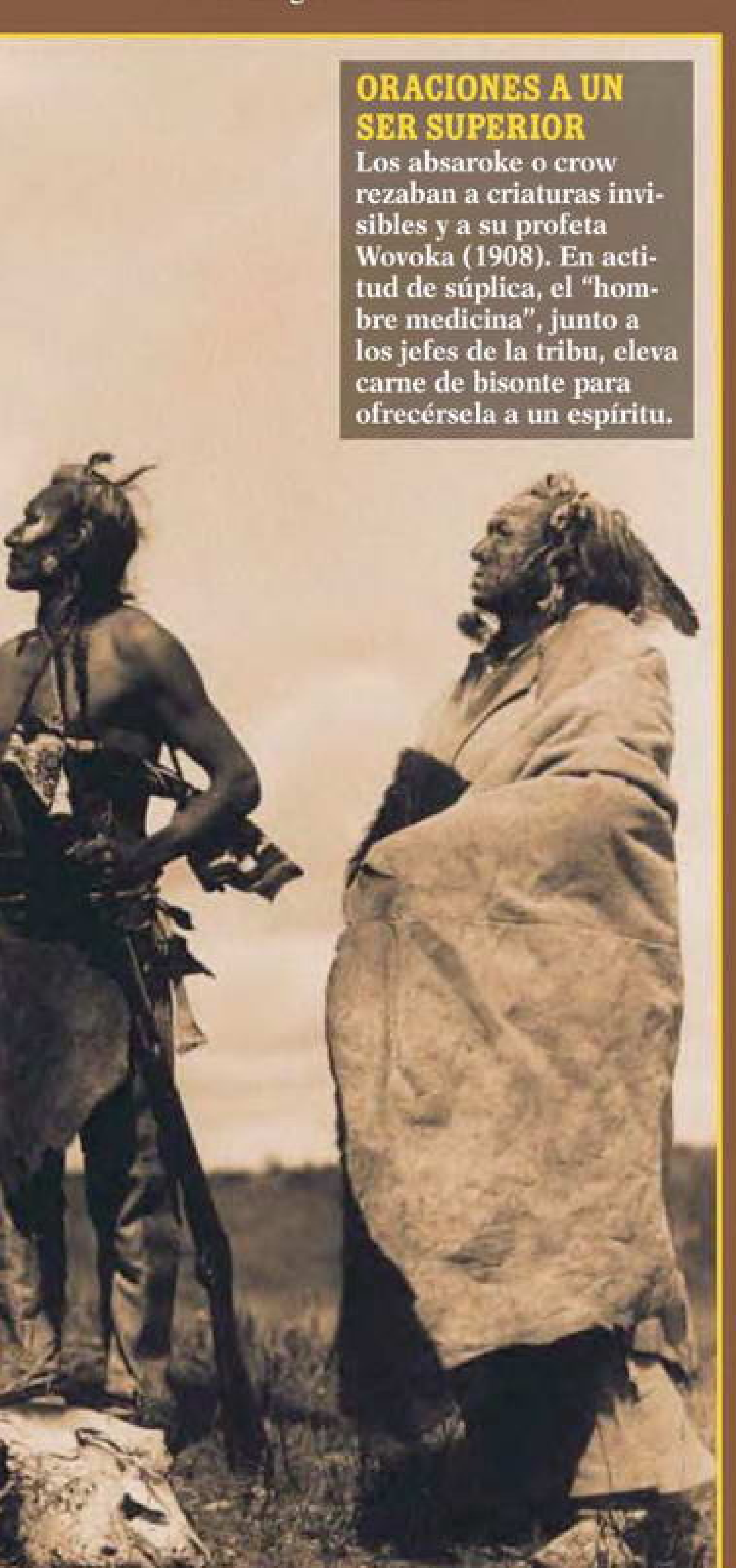
RAÍCES PROFUNDAS
Los indios jicarilla (1904) pertenecían a la familia de los apaches, los grandes enemigos del hombre blanco.



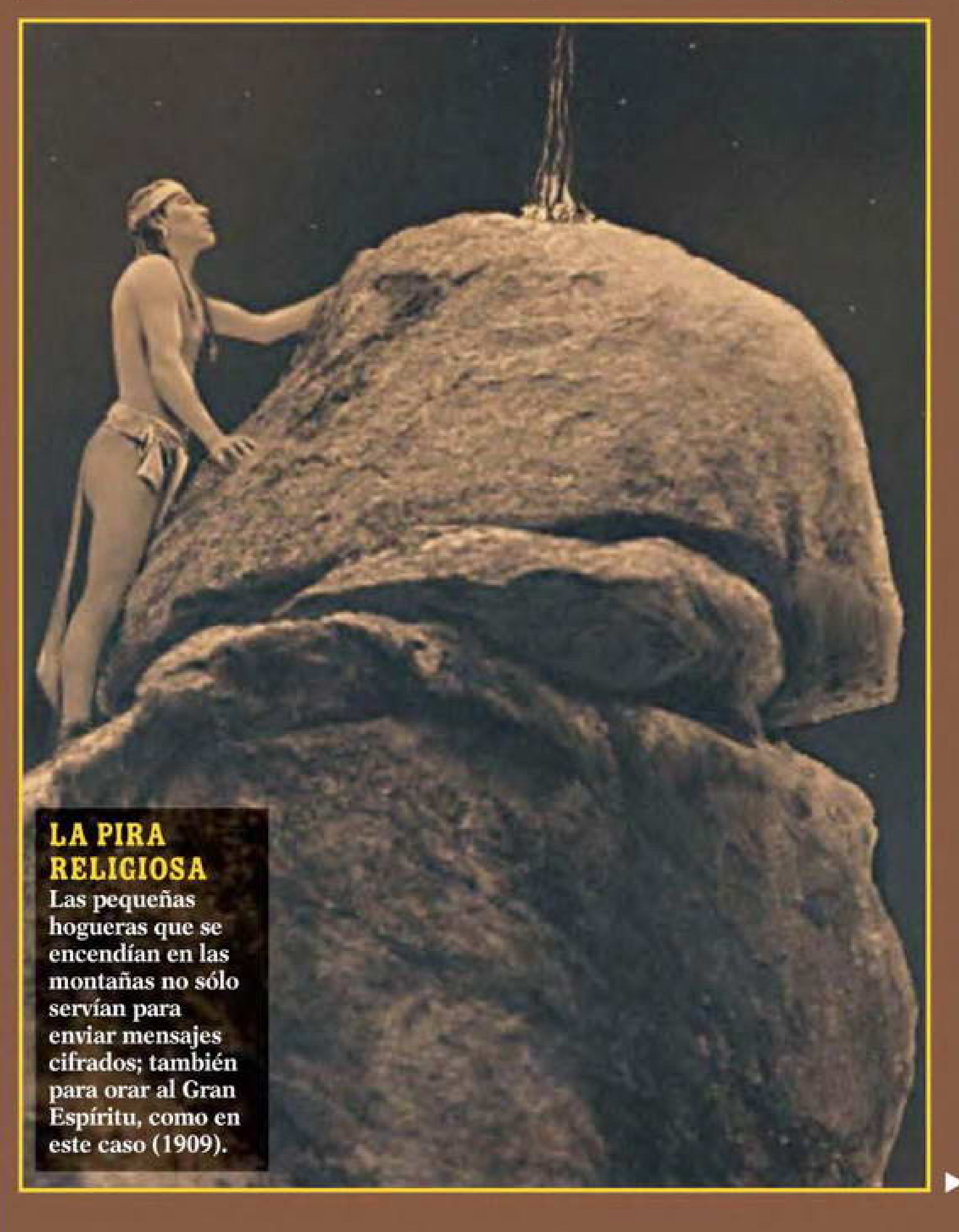
QUE NO ENTREN MOSCAS
Este arikara mantiene la boca cerrada, ya que los indios pensaban que el alma podía escaparse si la abrían demasiado.



CARETA REVERENCIAL
Las ceremonias navajo eran las más complejas entre las tribus del desierto (encarnación del dios de la guerra).



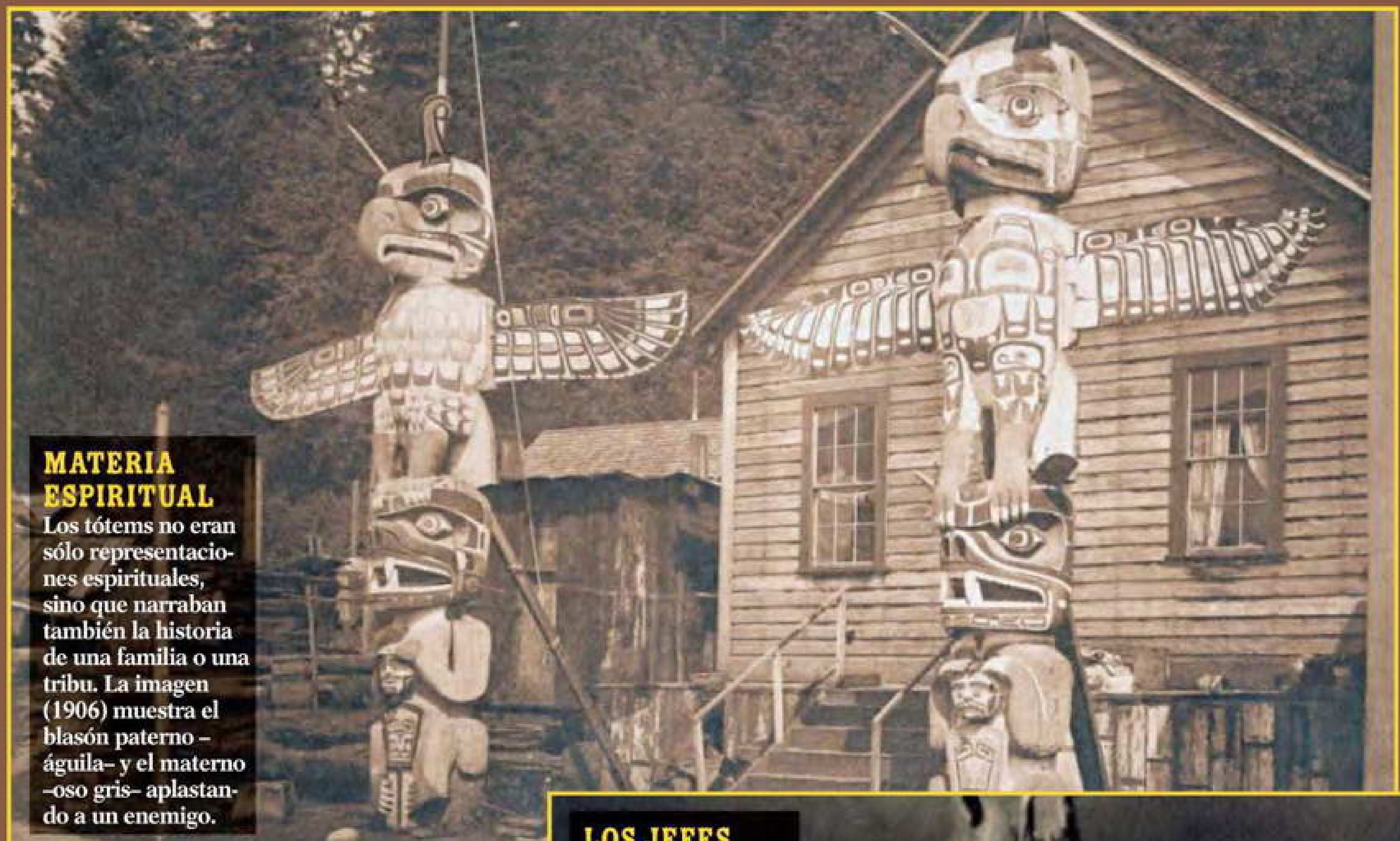
ORACIONES A UN SER SUPERIOR
Los absaroke o crow rezaban a criaturas invisibles y a su profeta Wovoka (1908). En actitud de súplica, el "hombre medicina", junto a los jefes de la tribu, eleva carne de bisonte para ofrecérsela a un espíritu.



LA PIRA RELIGIOSA
Las pequeñas hogueras que se encendían en las montañas no sólo servían para enviar mensajes cifrados; también para orar al Gran Espíritu, como en este caso (1909).

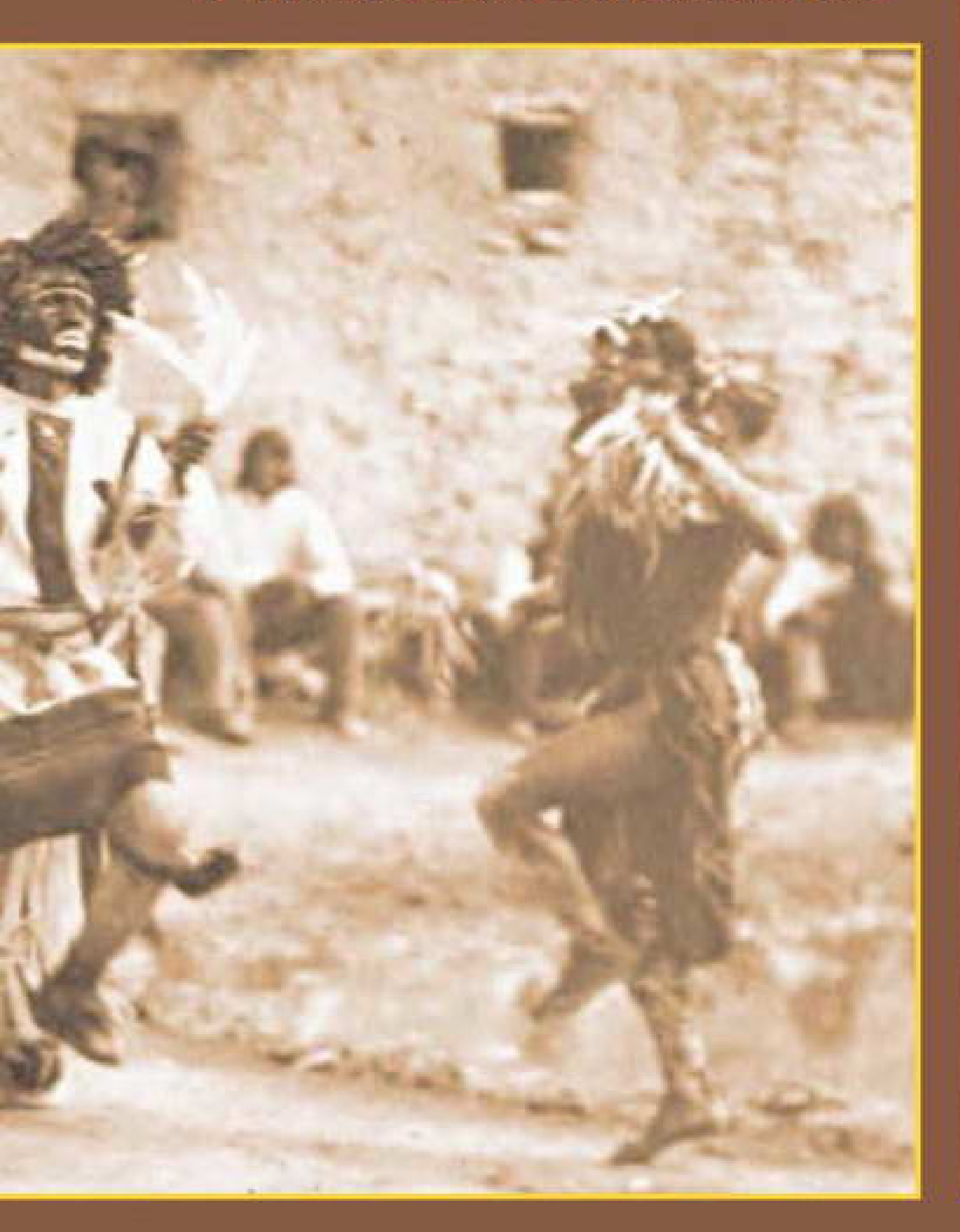
¿FUMAMOS LA PIPA DE LA PAZ?
Pequeño Pluma y su hijo Riñón Amarillo custodian el calumet (1909). Se trata de una pipa sagrada que utilizaba el jefe del poblado para demostrar a un visitante que era recibido sin ánimo belicoso.

EN HONOR DE MANITÚ
Así llamaban la mayoría de los pieles rojas al Gran Espíritu. Además de este dios bondadoso, cada tribu creía en un gran número de divinidades a las que se acercaba a través de decenas de ceremonias (ritual de los hano, 1904).



MATERIA ESPIRITUAL
Los tótems no eran sólo representaciones espirituales, sino que narraban también la historia de una familia o una tribu. La imagen (1906) muestra el blasón paterno –águila– y el materno –oso gris– aplastando a un enemigo.

CUANDO QUERÍAN HABLAR CON SU DIOS, TRAZABAN UN CÍRCULO EN EL SUELO Y SE COLOCABAN DENTRO





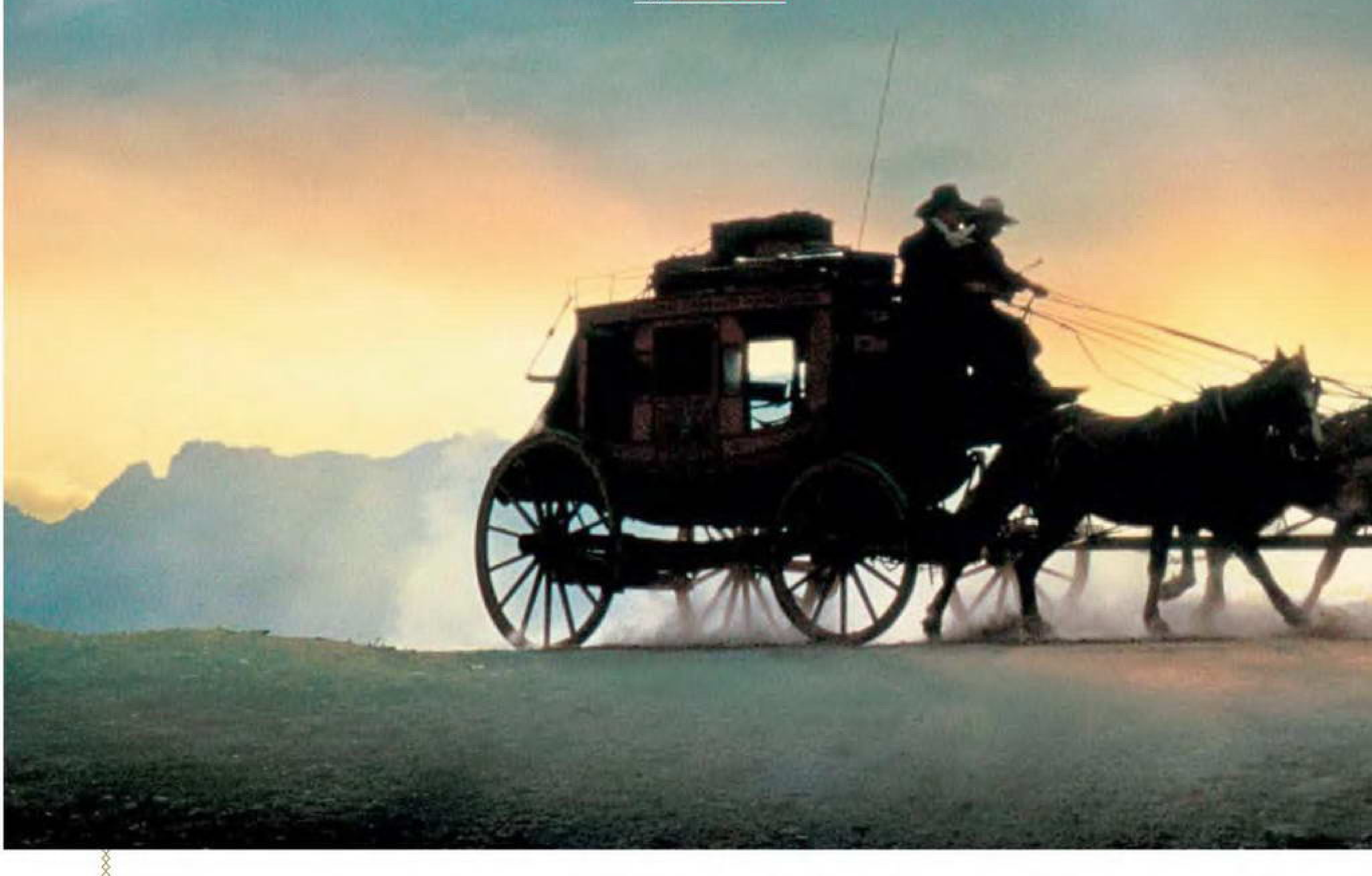
LOS JEFES VERDADEROS
Inspirado en visiones y sueños proféticos, el llamado "hombre medicina" de cada tribu tomaba decisiones fundamentales como el momento de atacar al enemigo o cuándo comenzar la caza. En la imagen, un hechicero arikara (1908).

DESDE LOS PRIMEROS EXPLORADORES Y PIONEROS, AL

Érase una vez en

Miles de europeos y norteamericanos se embarcaron a mediados del siglo XIX en una aventura épica: viajar por accidentadas tierras en busca de un próspero futuro. Nunca imaginaron que el periplo fuera tan penoso, ni el recibimiento tan ingrato.

Por Jaime Asensio



La penetración del hombre blanco en el oeste norteamericano es una aventura reciente, pues apenas se remonta a unas cinco generaciones, unos 170 años en total. Habría que especificar que en esta aventura no cuenta la franja costera del Pacífico, pues ésta ya había sido explorada, catequizada y colonizada por los españoles desde el siglo XVI, como bien indican los topónimos de la región –San Francisco, Los Ángeles, Santa Bárbara, Santa Mónica, etcétera–. Se trata, más apropiadamente, del inmenso Medio Oeste, apenas conocido y considerado en líneas generales como el "Gran Desierto Americano", pues no estaba poblado más que por animales salvajes, indios no menos salvajes –desde la perspectiva del hombre blanco– y dominados por el viento y las rocas. Su incorporación a las tierras colonizadas del Este apenas duró dos generaciones.

A comienzos del siglo XIX, el territorio de los Estados Unidos comprendía tan sólo la tercera parte del actual; estaba limitado por el Atlántico, al este, y por el río Mississippi, al oeste. Más allá se extendía el territorio de Louisiana, cedido por España a la Francia napoleónica y vendido

NACIMIENTO DE UNA NACIÓN

América

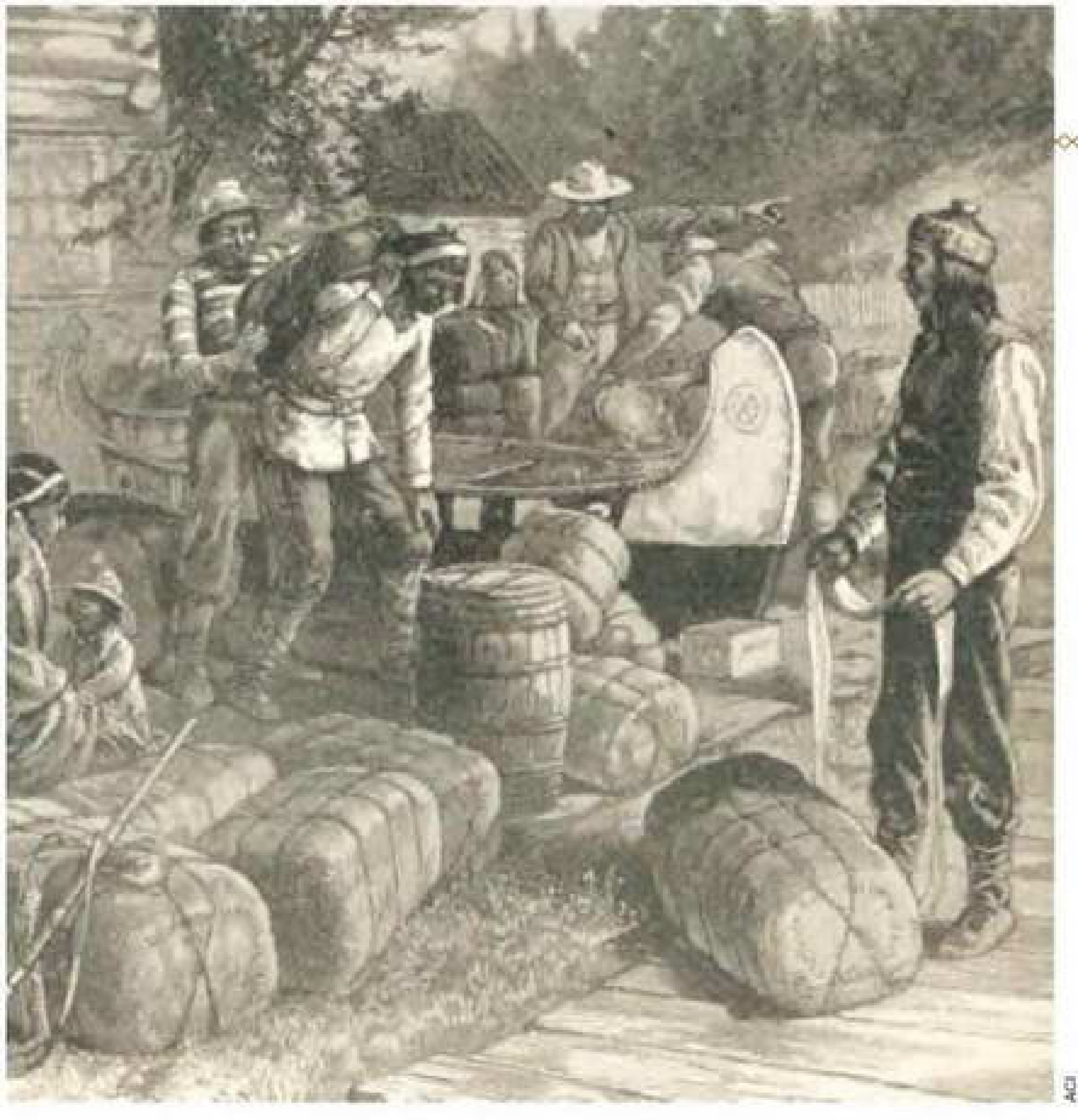


Una coartada divina
En 1845, el periodista J. Sullivan escribía el célebre "Manifest Destiny", una justificación moral de la expansión norteamericana (en la foto, una diligencia). Sullivan destacaba el "destino manifiesto a poseer todo el continente que nos ha dado la providencia".

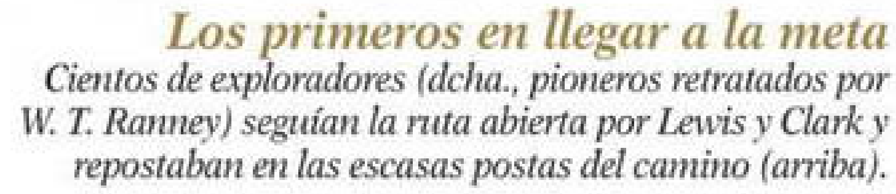
COVER

en 1804; de él saldrían 13 nuevos Estados. Al sur de Louisiana, Texas era primero parte de México hasta que le fue arrebatado en 1845; al oeste, y hasta Canadá, se extendía Oregón –los actuales Estados de Oregón, Washington e Idaho–, comprado a los ingleses en ese mismo año. Al oeste de Louisiana y al sur de Oregón, el gigantesco territorio pertenecía a México, y cinco años después del primer despojo, en 1850, los norteamericanos se apoderaron de estas tierras, formando con ellas los Estados de Nevada, Utah, Arizona y California, además de parte de Wyoming, Colorado y Nuevo México.

Las primeras noticias sobre este inmenso espacio se debían a exploradores, tramperos y cazadores, quienes entraban en él casi siempre en solitario. El punto de máxima penetración de los colonos era, en 1830, la ciudad de Independence, en Missouri; aún quedaban por recorrer 2.400 kilómetros hasta la costa del Pacífico, casi enteramente desprovistos de caminos y con obstáculos considerables para el avance en forma de grandes ríos, montañas, desiertos y tribus indias. Las expediciones de reconocimiento se iniciaron con el siglo: una de las más conocidas y mejor preparadas, la de Lewis y Clark, ▶







Los primeros en llegar a la meta

Cientos de exploradores (dcha., pioneros retratados por W. T. Ranney) seguían la ruta abierta por Lewis y Clark y repostaban en las escasas postas del camino (arriba).

tuvo como fin reconocer el río Columbia hasta su desembocadura y duró dos años (1804-1806). La infranqueable barrera de las Montañas Rocosas desveló sus secretos poco después, cuando los cazadores dieron con el South Pass, un pasillo hacia el océano. Este avance al Medio Oeste vino favorecido por la prosperidad de Oregón, donde ya desde 1824 operaba la Compañía de la Bahía de Hudson, con su base en el fuerte Vancouver, un próspero mercado de pieles, salmones y madera. Tanto los cazadores como los comerciantes y los misioneros que siguieron a éstos difundieron una imagen idílica de las nuevas tierras, llenas de ríos ricos en pesca, enormes extensiones de prados, espesos bosques, abundante caza y buen clima. Así se convirtieron en un reclamo para los hombres del Este. Quince años después, los tramperos y comerciantes de pieles –existía una fuerte demanda de ellas, no sólo en los Estados Unidos, sino también en Europa, alimentada por modistos y sombrereros de las principales ciudades– conocían muy bien las rutas, lo que les permitió emplearse como guías y exploradores de las caravanas de colonos.

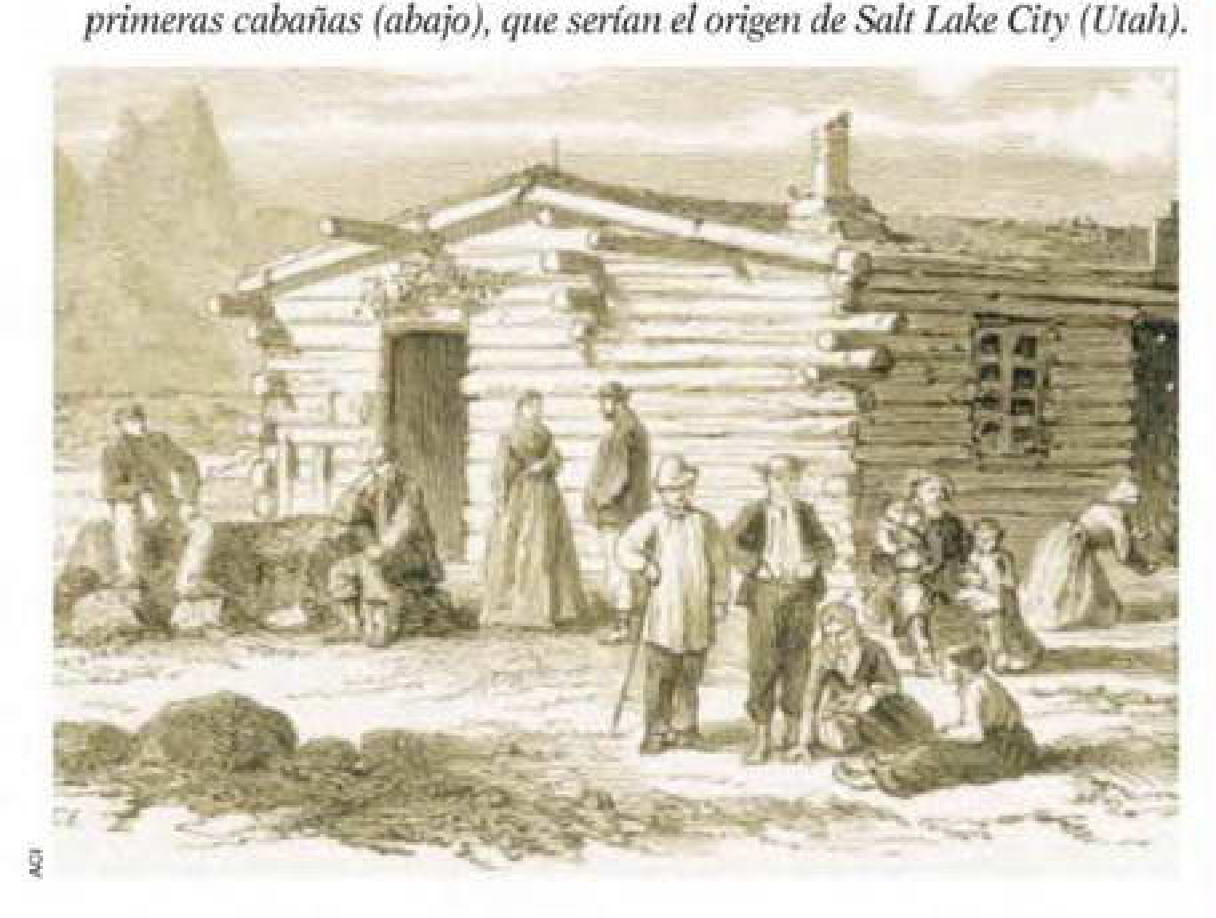
La etapa de exploradores solitarios dio paso a las caravanas de pioneros

Así nació la "Senda de Oregón", cuyo inicio, desde 1842, estaba en Independence. La caravana de 1843, conocida como "La gran emigración", supuso el punto culminante de esta riada de colonos hacia las nuevas tierras: unas mil personas, un centenar de carromatos entoldados, gentes a caballo y millares de cabezas de ganado buscaban las fértiles tierras de las que tanto se hablaba. Había acabado la etapa de los solitarios hacia el Oeste y comenzaba la de los pioneros a la búsqueda de tierras. Ahora bien, ese viaje constituía una auténtica proeza, pues los problemas no venían por parte de los indios, sino más bien por el entorno: el plácido recorrido inicial siguiendo los ríos Platte y Missouri les permitía cruzar las Grandes Llanuras. Después había que remontar las cuestas de las Montañas Rocosas hasta dar con

El principal problema al que tuvieron que hacer frente los pioneros no fue el tema de los indios sino las propias dificultades del terreno

"Éste es el lugar", afirmó Brigham Young

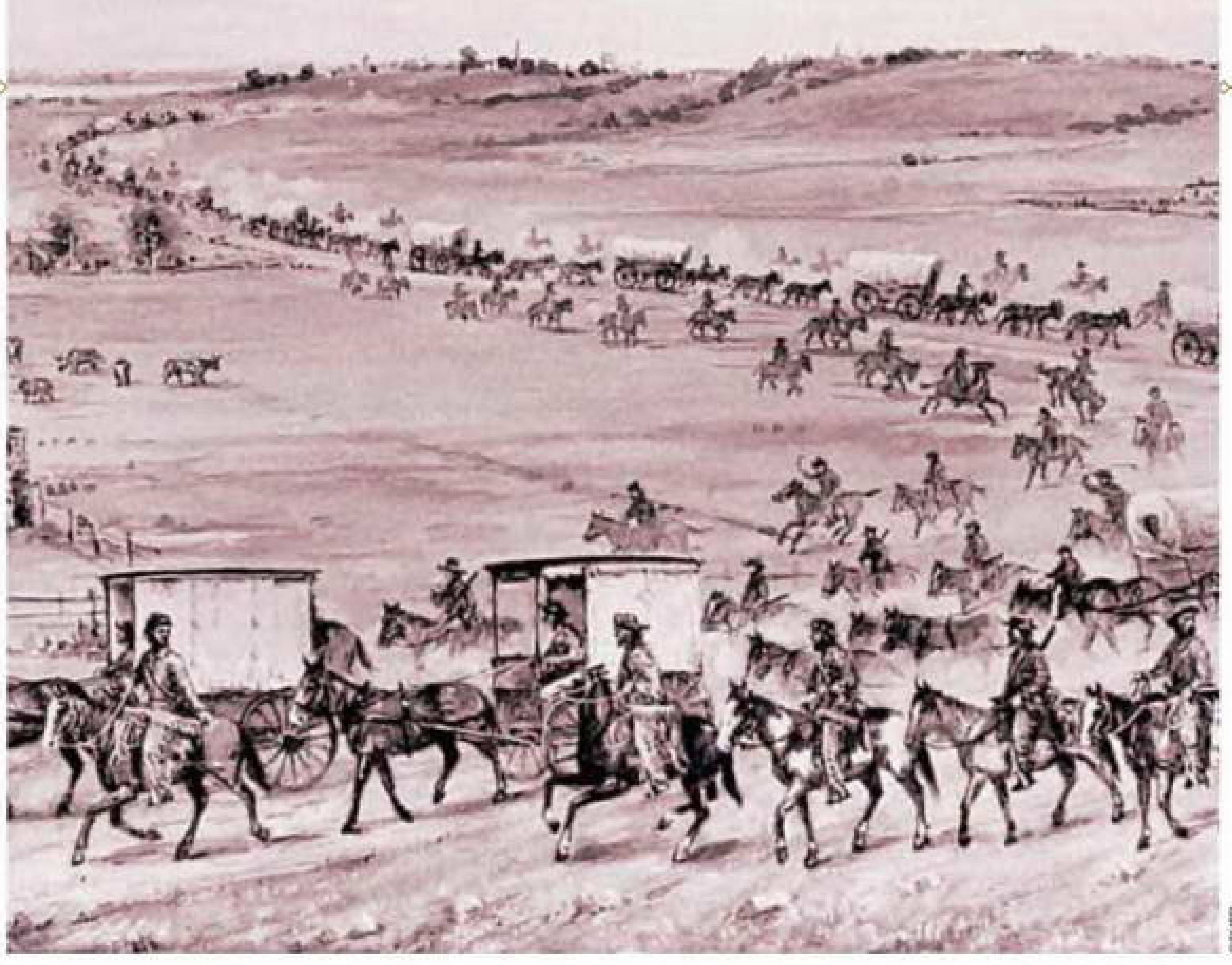
El líder mormón, acompañado de 143 hombres, tres mujeres y dos niños había llegado al Gran Lago Salado (dcha.). Allí decidieron edificar las primeras cabañas (abajo), que serían el origen de Salt Lake City (Utah).







AISA



COVER

La Homestead Act o Ley de excepción al embargo (1862)
Esta legislación concedía a los colonos 65 hectáreas de tierra, si residían en ella durante 5 años. Así organizó el gobierno la colonización del Oeste, al que llegaban numerosas caravanas (arriba).

el South Pass, que daba acceso a la gran depresión de Wyoming, escasa en pastos y agua; tras ella, la cuenca baja del Columbia estaba plagada de barrancos prácticamente insuperables.

De vez en cuando, un puesto comercial establecido por un avispado hombre blanco les permitía abastecerse de lo más necesario –ropa, herramientas, semillas, alimentos– para su próxima parada en las tierras a colonizar. Cuando Joseph Smith publicó el Libro del Mormón en 1830, dio comienzo la formación de la "Iglesia de Jesucristo de los Santos del Último Día", que reclutó multitud de adeptos entre artesanos pobres de Nueva Inglaterra y colonizadores del Medio Oeste y acabó fundando la colonia de Nauvoo (Illinois), a orillas del Mississippi.

Los buscadores de oro comenzaron a llegar a California en 1849

El cisma provocado por la revelación de que permitía la poligamia, junto con la envidia que suscitaba la prosperidad alcanzada por esta industriosa comunidad puso en peligro la subsistencia de los mormones. Tras el asesinato de Smith, los adeptos decidieron establecerse lejos de sus enemigos; en 1846 y dirigidos por Brigham Young, formaron un populoso éxodo hacia más allá de las Rocosas, buscando un lugar en el que establecerse en paz y lejos de otras gentes, para lo cual eligieron las casi estériles tierras del lago Salado, en Utah.

A una durísima marcha de casi dos años y múltiples pérdidas de hombres y animales, hubo que añadir las dificultades de afincarse en unas tierras pobres, demasiado tarde para una siembra y sin apenas medios para guarecerse del frío invierno. La primera cosecha fue devorada casi enteramente por los insectos hasta que, de modo milagroso para los mormones, una bandada de gaviotas acabó con la invasión de grillos.



COVER

Al año siguiente, tras una buena cosecha y con sus industrias recién instaladas, los mormones continuaron su prosperidad gracias a la Fiebre del Oro desatada en California en 1849. Los emigrantes que iban a la búsqueda del preciado metal tenían que cruzar las tierras mormonas y abastecerse en ellas, tanto de alimentos como de caballos y mulos que sustituyesen a los agotados animales que ellos llevaban; a cambio, les entregaban herramientas, ropa y otros enseres a precio de saldo. En tan sólo diez años, unos mormones al borde de la miseria habían transformado un territorio que asombraba a todo el que lo cruzaba. Tras su incorporación a la Unión como Estado, en 1850, del primer Utah surgie-

Con el ganado a vueltas
Por la Ruta de Chisholm o la de Goodnight Loving, los vaqueros trasladaban miles de cabezas de vacuno, algo que todavía hacen en la actualidad (Montana).

NGS

El hecho de que los indios no reconocieran el concepto de propiedad privada de la tierra les llevó al enfrentamiento final con los pioneros

ron el territorio actual, además de Nevada y partes de Wyoming y Colorado. Durante las primeras décadas de la expansión del hombre blanco hacia el Pacífico, los indios no supusieron ningún peligro para él. Desconocían la cerámica, la agricultura o la cría de ganado. Tampoco tenían idea del significado de la propiedad individual sobre las tierras y apenas estimaban la posesión de animales o cosas.

La broma pesada que desencadenó las violentas Guerras Indias

Los indios eran magníficos jinetes en caballos salvajes -descendientes de los que habían llevado los conquistadores españoles-, vivían siguiendo los movimientos de los animales que cazaban, especialmente las manadas de bisontes, tan abundantes por entonces en todas partes. A mediados del XIX, los ojeadores del ejército norteamericano calcularon entre 60 y 100 millones de cabezas el total de unas manadas que en ocasiones interrumpían durante horas el paso de una caravana de colonos y que cubrían todo el terreno que se podía vislumbrar con unos prismáticos.

La historia de los exploradores, los tramperos y los primeros comerciantes está fuertemente unida a la de la colaboración con los indios. Sin embargo, a la larga, la forma de vida de éstos estaba abocada a enfrentarse con los blancos: constituían un obstáculo en la larga marcha al Oeste y no reconocían el concepto de propiedad privada de la tierra ocupada por los colonos, quienes además mataban por millares a los bisontes en busca únicamente de su piel y abandonando la carne en las praderas.

En 1854, una broma pesada de unos indios hacia una vaca coja y rezagada de una caravana que hacía la Senda de Oregón hacia Fort Laramie desembocó

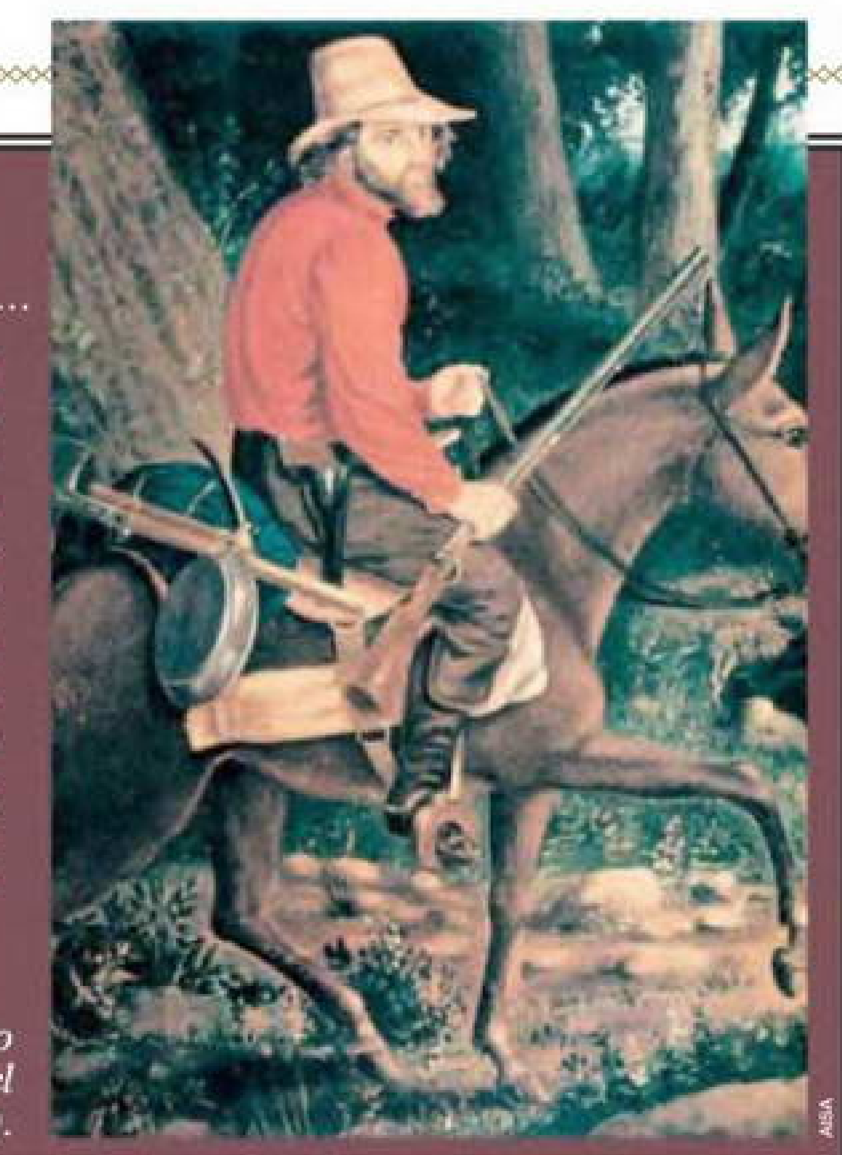
AISA



Germen independentista en Texas
En marzo de 1836, las tropas mexicanas asaltaron el convento de El Álamo para luchar contra independentistas norteamericanos que se habían atrincherado allí (dcha., monumento en Texas).

¡Soy minerooo!

La búsqueda de metales preciosos en los territorios del Oeste –especialmente el oro– fue un reclamo para un grupo de aventureros que se multiplicó desmesuradamente tras la aparición de ricos filones y placeres en cualquier parte, aumentando el número de personas que buscaba un golpe de suerte que cambiase radicalmente sus vidas. Esto es lo que sucedió durante la llamada Fiebre del Oro de 1849, que produjo la llegada de ingentes cantidades de norteamericanos y europeos a California. Se produjo entonces un crecimiento considerable de la población en este Estado, que se encontró con una abundante mano de obra destinada también a la agricultura y la industria. Nacía así el peculiar mundo de la "frontera minera": construcción repentina de ciudades; riquezas sin cuento para algunos y pobreza para los más; una curiosa ley, tremendamente expeditiva; y el abandono de todo una vez agotados los filones, lo que dejó un rosario de ciudades-fantasma. Todo ello ha generado uno de los tópicos más coloristas del Oeste norteamericano y de los más representados en la literatura y en el cine.



"Buscador de oro en California", cuadro del pintor norteamericano Albertus del Orient Browere (1814-1887).

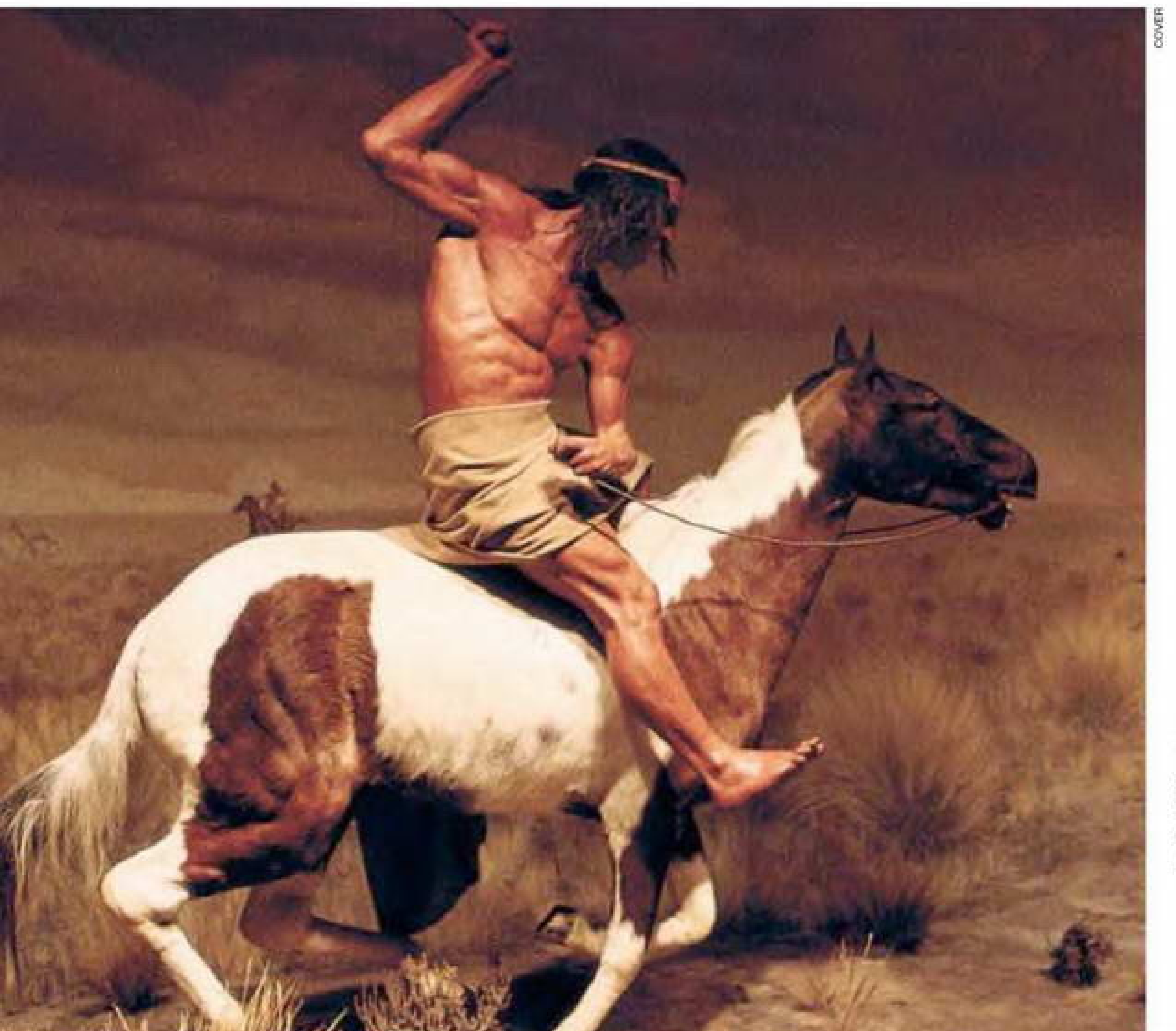
AISA

en una masacre, la llamada "matanza de Grattan", verdadero inicio de las Guerras Indias. Tras el desastre del célebre Custer en Little Big Horn (el 25 de junio de 1876), el gobierno norteamericano emprendió una política de mano dura, sometiendo a todas las tribus indias y confinándolas en reservas. El término de las Guerras Indias no se alcanzó hasta que finalizó el siglo, con el total sometimiento de los comanches del sur y los valientes apaches de Jerónimo en Arizona. La anexión de los territorios tejanos permitió a los Estados Unidos la adquisición de un territorio mayor que toda Francia –es el Estado más extenso de la Unión–, en el que ya habían penetrado multitud de colonos con el permiso de españoles, primero, y de mexicanos, más tarde.

Tras una guerra con México en torno al famoso episodio del convento franciscano de El Álamo (1835) y la posterior derrota del general y presidente mexicano Santa Anna, los tejanos declararon su independencia; así se convirtió en la República de la Estrella Solitaria. Tras las diversas tensiones surgidas entre abolicionistas de la esclavitud –los Estados de la Unión– y los esclavistas del Sur y las apetencias de ambos sobre las inmensas tierras de Texas, éstas fueron admitidas en el seno de la Unión en 1845. Tras ello, los Estados Unidos declararon de nuevo la guerra a México, al que arrebató los territorios de Nuevo México, Arizona y California, además de ampliar Texas hasta el Río Grande, lo cual permitió unir los dominios de la costa atlántica con los del Pacífico.

El paso de los primeros carromatos a las diligencias tiradas por caballos

La fertilidad de las tierras del Medio Oeste, verdaderas inmensidades casi deshabitadas aún a mediados del siglo XIX, ofrecían excelentes terrenos de cultivo, especialmente de cereales; ello, unido a las continuas mejoras en las herramientas agrícolas –arado de vertedera, segadoras y cosechadoras mecánicas, además del inevitable alambre de espino que permitía acotar los campos–, ofrecieron grandes incentivos a una verdadera ríada de campesinos que empezaron a ocupar lo que hasta entonces era dominio casi exclusivo de animales salvajes y las grandes manadas de ganado vacuno. Todo ello se vio favorecido por la mejora de las comunicaciones. A los lentos



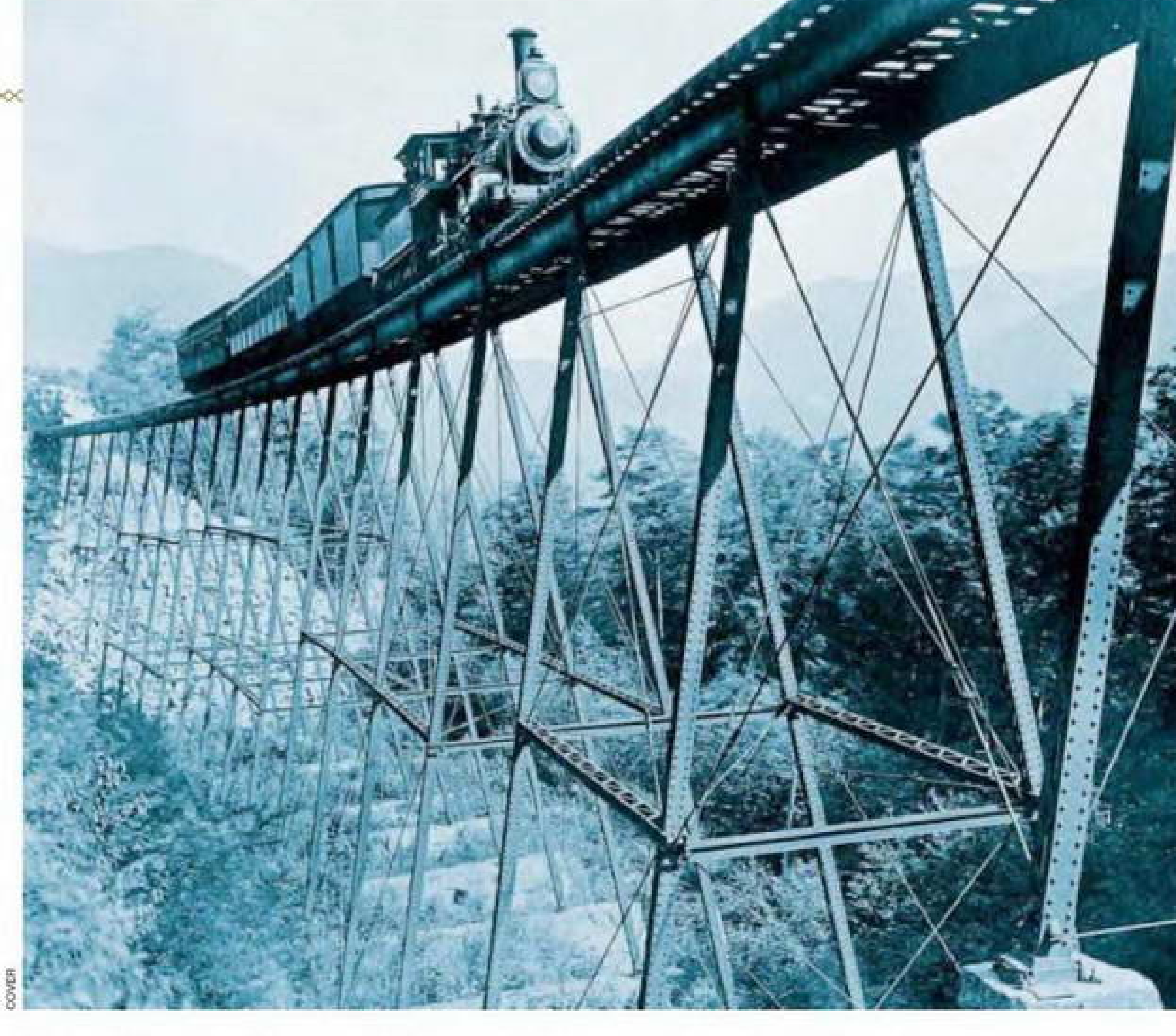
COVER

Una práctica herencia

Los nativos asumieron rápidamente la utilidad de los caballos que los españoles llevaron a América. Allí, la raza evolucionó hasta el "appaloosa" utilizado por los indios.

Con el chacachá del tren

Tras la Guerra Civil, muchos banqueros, entre los que destacaba J.P. Morgan, adquirieron empresas ferroviarias (en la foto, un tren de 1885).



COVER

carromatos entoldados de los pioneros, arrastrados por tres yuntas de bueyes, como único medio de transporte les sucedió la diligencia, tirada por troncos de caballos que se sustituían cada cierto trecho, asegurando una relativa rapidez a las comunicaciones entre el Este y el Oeste. Uno de los medios de comunicación que tuvo gran impacto romántico fue el Pony Express. Aunque no duró mucho (1860-61), demostró una gran eficacia ya que servía para poder trasladar unos 70 kg de correspondencia entre St. Joseph y Sacramento –unos 2.900 kilómetros– en 8 días. Los inicios del famoso Buffalo Bill fueron como jinete-correo del Pony Express con tan sólo 15 años.

Las duras consecuencias de la Guerra de Secesión

La rápida implantación del telégrafo y la no tan veloz expansión del ferrocarril acabaron con la utilidad de esta peculiar empresa de correo. Para unir ambas orillas del continente norteamericano se proyectaron cuatro grandes líneas ferroviarias: la del Norte, en la ruta que unía el alto Mississippi con la desembocadura del Columbia; la Central, desde St. Louis hasta San Francisco, pasando por las Rocosas y el Lago Salado; la línea del Paralelo 35, que arrancaría desde Memphis y, paralela al Arkansas, llegaría a Los Ángeles; y la Meridional, que desde Nueva Orleans llegaría a San Diego tras cruzar Texas.

Ésta última se ajustaba al trazado más corto y fácil, atravesando Estados ya organizados y relativamente colonizados. Sin embargo, los magnates interesados en las otras líneas impidieron su aprobación en el Congreso; especialmente Stephen A. Douglas, senador por Illinois e inversor de grandes sumas en tierras del Medio Oeste, aquellas que habían de cruzar la Central. Para ello, promovió la organización de los territorios de Nebraska y, aliado con los esclavistas del Sur a cambio de su renuncia al proyecto de la línea Meridional, en 1854 se emprendieron los trabajos de construcción simultáneamente. Se levantaron desde los dos extremos mediante sendas compañías: la Union Pacific desde Omaha –y su mano de obra básicamente irlandesa– y la Central Pacific desde Sacramento –en la que predominaban los braceros de origen chino–.

En sólo 8 días, el Pony Express trasladaba hasta 70 kilos de correspondencia entre St. Joseph y Sacramento, que distaban entre sí 2.900 km

El estallido de la Guerra de Secesión norteamericana en 1860 interrumpió tanto las obras del ferrocarril como las grandes corrientes migratorias hacia el Oeste. La situación se restauró al final de la Guerra Civil y, en 1869, en Promontory Point

Cuando Morse llegó al Oeste

A partir de 1833, el telégrafo (abajo) sustituyó al correo. En 1848, casi todo el territorio estaba ya comunicado (dcha., transmisión desde Oklahoma).



COVER

CORDON

Pastores vascos en Idaho

En un censo realizado en el año 2000, se certificó en Estados Unidos la presencia de una comunidad de descendientes de vascos, tanto de origen español como francés. Con un total de 58.893 personas, el grupo más numeroso de habitantes con ascendientes vascos está afincado en el suroeste del Estado de Idaho, en la región de Boise (unos 15.000 de los 26.637 que hay en total). Otro grupo numeroso reside en el Central Valley de California (20.868 habitantes), seguido de otros, más reducidos, establecidos en la región de Reno, Nevada (6.096 h.). También hay algunos en lugares diversos de Washington (2.665 h.) y Oregón (2.627). Intentando huir de la pobreza, la mayor parte de los emigrantes llegaron en dos períodos. El primero, entre los años 1910 y 1920, mientras que el segundo grupo arribó entre los años 50 y 60. En su mayor parte, eligieron las tierras del Oeste para establecerse y emplearse como pastores. Todavía hoy, varias de estas comunidades mantienen el euskera y celebran en Estados Unidos festividades con el más puro acento vasco.

La palabra "Basque", bajo la de Idaho, ya aparece en algunas matrículas de EE UU.

COVER

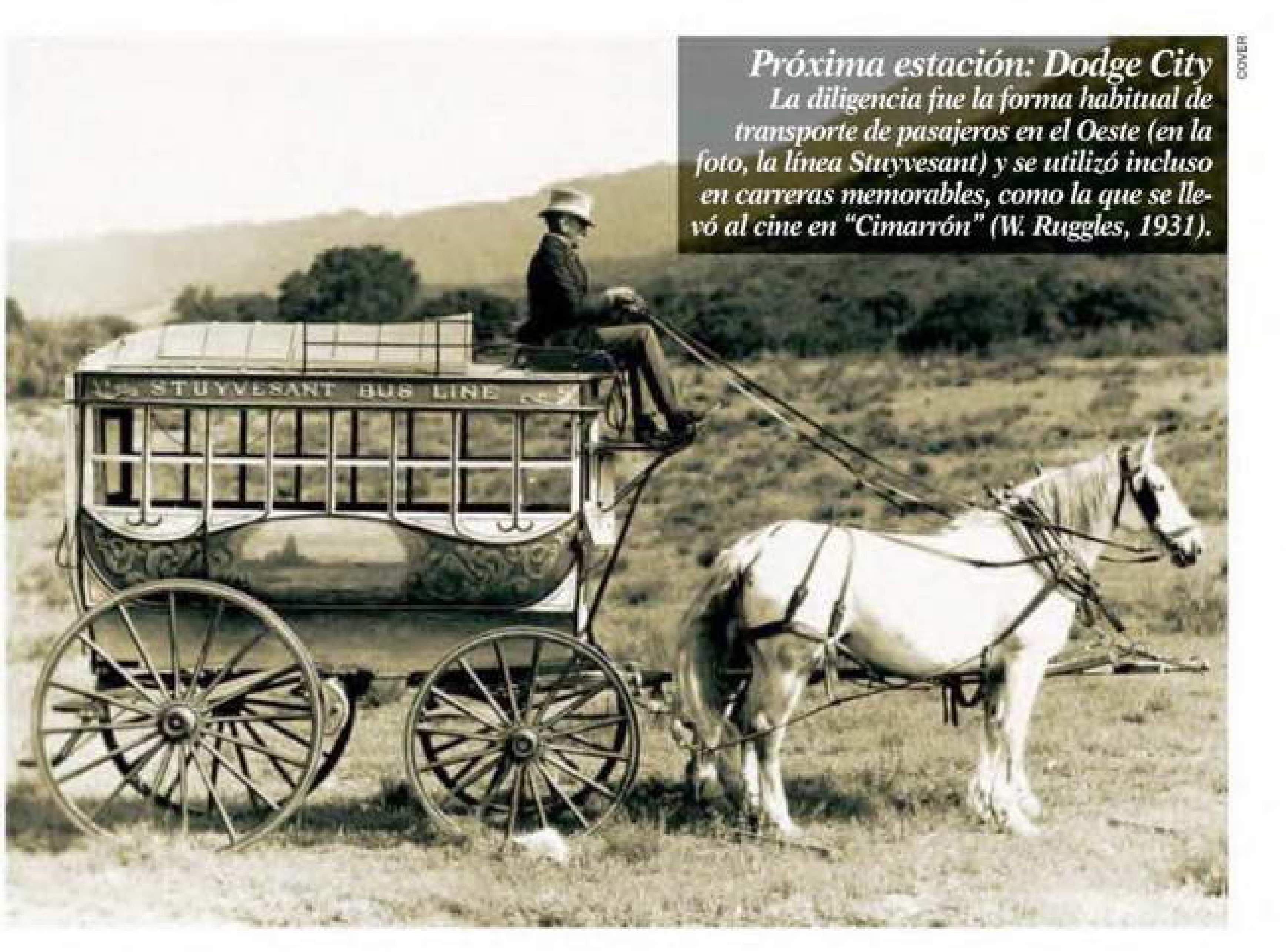
(Utah), ambas líneas se unían y los trenes podían circular ininterrumpidamente de una costa a otra.

Uno de los prototipos de la frontera americana es el vaquero, el héroe literario y cinematográfico por excelencia del Oeste, el que más interés y entusiasmo ha despertado entre los aficionados a estos géneros. Ni el trampero, el explorador, el comerciante, el minero o el soldado enfrentado a los indios han tenido tanta fortuna como el encargado de vigilar, marcar y trasladar los rebaños de un lugar del país a otro. Su figura posee unos rasgos iconográficos concretos: a caballo de su inseparable montura y con su atuendo característico. A esto hay que añadir sus habilidades como pastor y conductor de toros y vacas, su contacto con el espléndido entorno natural del Medio Oeste –muy lejos de la extendida idea del "Gran Desierto Americano"– y su espíritu de independencia.

Dificultades para llevar los rebaños hasta su destino final

Los vaqueros tenían sus escasas necesidades cubiertas con pocas ambiciones y ésta parece ser la causa de su éxito. Además, hay que sumar que fueron los vaqueros quienes llevaron el peso fuerte de la penetración en el vasto territorio de las grandes llanuras y en las tierras del sur, de donde eran originarios. Precisamente del Estado de Texas partían varias rutas ganaderas, con el fin de aprovisionar de carne el Norte. En ese camino, los vaqueros se tenían que enfrentar con los cuatreros –muchos de ellos organizados en verdaderas bandas– y después con los campesinos instalados en las llanuras, cada vez más numerosos y fuertemente organizados contra la "invasión" de los rebaños. Esto suponía que tan sólo una parte de las manadas de vacas tejanas alcanzaba su destino final, encareciendo así el precio de la carne. En vista de la situación, en 1867, un avispado negociante de Illinois llamado Joseph McCoy estableció un embarcadero ferroviario de ganado en Abilene. Allí, en tan sólo unos pocos meses, un grupo de barracones y unos corrales bien abastecidos de agua y pastos llegaron a convertirse en la ciudad ganadera más próspera y célebre de toda Norteamérica.

Hasta este peculiar enclave llegaba el ganado vacuno desde todas partes del continente. Sin embargo, la ruta más famosa era la llamada "camino de Chisholm", que arrancaba desde la misma frontera mexicana del Río Grande, cruzaba la cuenca del Río Nueces y pasaba por Austin. Así, desde un punto lejano perdido en la inmensidad de Kansas, Abilene entraba en contacto directo con Chicago. A esta ciudad llegaban decenas de vagones atestados de ganado fresco, descansado y bien alimentado y dejaban en el Oeste –aunque más propiamente habría que decir el sur–, el recuerdo de sus criadores y conductores, que todavía permanece presente en el mundo de los rodeos y las ferias de ganado en los territorios del "profundo sur" estadounidense. ■



Próxima estación: Dodge City
La diligencia fue la forma habitual de transporte de pasajeros en el Oeste (en la foto, la línea Stuyvesant) y se utilizó incluso en carreras memorables, como la que se llevó al cine en "Cimarrón" (W. Ruggles, 1931).

COVER

500 NACIONES INDIAS

Los primeros norteamericanos



Preparando el tercio de matar
Este montaje fotográfico –que enfrenta a Toro Sentado con un bisonte– alude al origen del nombre del jefe sioux. Cuenta el escritor indio W. Camus, que para cazar un animal el guerrero saltaba sobre su lomo y le hundía un cuchillo en el corazón. Por ello, le llamaban "El que está sentado sobre el bisonte", que evolucionó hasta el nombre con el que ha pasado a la historia.

Hace apenas dos siglos, diez millones de nativos poblaban el norte del continente americano. Aunque todos vivían ligados al ritmo impuesto por la naturaleza, las diferencias en los hábitos de cada tribu eran considerables.

Por **Antonio Barrera**

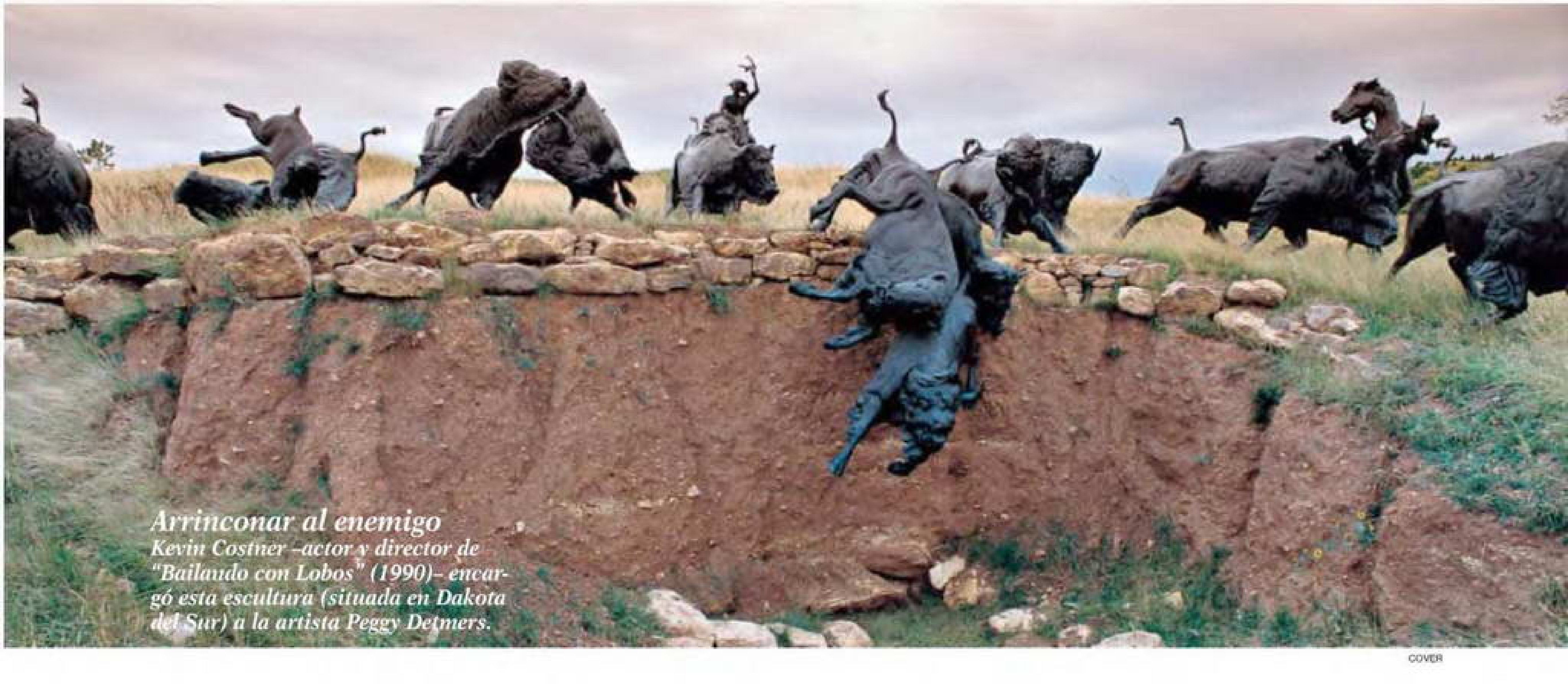
Objeto de largas discusiones científicas durante mucho tiempo, las últimas investigaciones sitúan hace sesenta mil años –en el Pleistoceno– la inicial presencia del ser humano sobre suelo americano. Sucesivas migraciones procedentes de Mongolia y de otras regiones del corazón de Asia habrían atravesado el espacio actualmente ocupado por el Estrecho de Bering, que separa ambos continentes con una anchura mínima de 75 kilómetros. Debido a las glaciaciones, el descenso del nivel del mar habría desecado este espacio y permitido la entrada de los contingentes migratorios a través de un puente terrestre, que más adelante se sumergiría. Se trataría de grupos de unas cien personas que vivirían de la caza y la pesca, trasladándose de lugar en cada estación del año. Habituados a soportar condiciones físicas muy desfavorables en sus lugares de origen, debieron verse empujados a la marcha hacia los nuevos espacios en busca de otras fuentes de alimentos. Los nuevos pobladores del continente americano traían desde aquellas profundidades asiáticas métodos y conocimientos largamente experimentados por sus antecesores, como el fuego o la domesticación del perro. También aportaron la utilización de armas como el arpón y las técnicas de arcaica fabricación de cuerdas y redes, así como de cestería, que iban a aplicar en los nuevos lugares donde se establecieron.

Los iroqueses y demás pobladores de los Grandes Lagos

Estos nuevos moradores también trajeron consigo toda una serie de creencias religiosas y la práctica de rituales por medio de los cuales veneraban a sus dioses. Sería necesario que pasaran de diez a quince generaciones para que estos contingentes se asentasen definitivamente en sus nuevos lugares de destino. Todos ellos comprobaban que, cuanto más al sur transitaban, más beneficiosas condiciones climáticas hallaban y mayores eran sus posibilidades de caza y recolección. Cuando tuvieron lugar las iniciales penetraciones europeas –a finales del siglo XV– se calcula que unos noventa millones de personas poblaban el continente americano. De ellos, unos diez millones se situaban en el espacio correspondiente a Estados Unidos y Canadá, mucho menos poblado entonces que la zona de México y el sur andino, donde habían florecido las grandes civilizaciones precolombinas. Por tanto, ¿cómo eran aquellos amerindios que poblaban el norte de América? Las características geoclimáticas fueron las que delimitaron las zonas de asentamiento de los nativos y conformaron las singularidades de las tribus.

Desde los Grandes Lagos al litoral atlántico, las regiones templadas del noroeste están cubiertas de inmensos bosques: robles, castaños y nogales al sur; arces, abedules y hayas al norte. El suave clima en la mayor parte de este territorio permitió la presencia humana desde fechas tempranas (sobre el 7000 a.C). Allí, los hospitalarios y pacíficos winebago coexistían con los temibles guerreros kickapoo; los comerciantes ottawa trataban con los miami, defensores de sus tierras, y con los agitados delaware; los wampanoag, que acabarían esclavizados, se codeaban con los menominee, pacíficos pescadores en los lagos, y con los illinois, los primeros en entenderse con el invasor blanco. Junto a los algonkin y los mohicano, los hurón o





Arrinconar al enemigo
Kevin Costner –actor y director de "Bailando con Lobos" (1990)– encargó esta escultura (situada en Dakota del Sur) a la artista Peggy Detmers.

COVER

wyandot se enfrentaban manentes enemigos, los iroqueses. En territorio del actual Estado de Nueva York, se formó la Liga de los Iroqueses, que agrupaba a seis tribus, entre las que destacaban los mohawk. Fue un modelo único de organización en el continente, ya que acabó con las luchas intertribales e impuso órganos de gobierno y administración verdaderamente avanzados. Las tribus elegían a sus representantes para un consejo que era quien legislaba y ejecutaba la justicia.

Pequeñas aldeas –fortificadas con empalizadas de postes– agrupaban las viviendas llamadas *wigwam*, que estaban hechas de troncos y ramas y cubiertas por esteras de junco o pieles. La caza del venado decidía la alimentación, mientras que en la costa y los lagos la pesca se unía a la recogida de crustáceos. La dieta se completaba con el maíz, un elemento básico en la alimentación, especialmente desde que en el alto Mississippi nació una cultura basada en el cultivo masivo de esta gramínea. Así, en el siglo VIII, la expansión del cultivo de maíz y su comercialización posibilitaron la aparición de ciudades en el interior. La principal sería Cahokia, que llegó a contar con más de cincuenta mil vecinos. Por su parte, los atrasados habitantes del litoral se movían en canoas de abedul, vestían ropas de piel de ciervo y en el norte usaban trineos para el transporte invernal. Fue aquí donde se conoció la primera presencia europea, ya que, a partir del año 1000, algunos navegantes de Islandia comenzaron a llegar a las costas de Terranova.

Otra de las zonas habitadas por tribus indias nos lleva dede el litoral atlántico de Florida y el norte del Golfo de México hasta las planicies de Texas. Allí se extiende una región de clima semitropical, con un llano suelo definido por el gran complejo fluvial del Mississippi-Missouri. Formada por suelos pantanosos y extensos bosques, fue una tierra habitada desde muy pronto.

Los nativos instalados en los bosques y pantanos del este norteamericano

Entre otros grupos más pequeños y junto a los prestigiosos nátchez, se situaban cherokee, creek, choctaw, chickasaw y seminola. Los españoles llamaron a estos pueblos las "Cinco tribus civilizadas", debido a la semejanza que, en tan primitivo medio, encontraron entre ellas y las naciones europeas. Había abundancia de pinos, robles, nogales y chaparros al norte y de magnolias, cipreses, palmas y cañas, al sur. A estas plantas autóctonas se unieron también el maíz, las sandías, las batatas y el tabaco. En aquella época era también típica la quema de zonas de bosque para dedicarlas al cultivo. Junto a la pesca se daba la caza de ciervos, osos y pequeños animales. La madera del ciprés se convirtió en un elemento fundamental para los indios de la zona, ya que no se pudría y era un inmejorable material para los postes de las viviendas y la construcción de canoas. También la caña era muy usada y se trabajaban la alfarería, la piel de ciervo y la elástica corteza de abedul. Los perros servían para el transporte por arrastre y las ceremonias religiosas, donde su carne era comida por los oficiantes.

Los poblados estaban constituidos de viviendas fabricadas con postes, ramas y hojas de palma, con paredes y techos de barro y musgo. La expansión del maíz potenció el comercio y, como consecuen-



Osados desde la cuna
Dos pequeños inuit sostienen los colmillos de una morsa. Cuando llegaba la primavera, estos esquimales realizaban agujeros en el agua helada y esperaban pacientemente a que los animales salieran para cazarles.

COVER

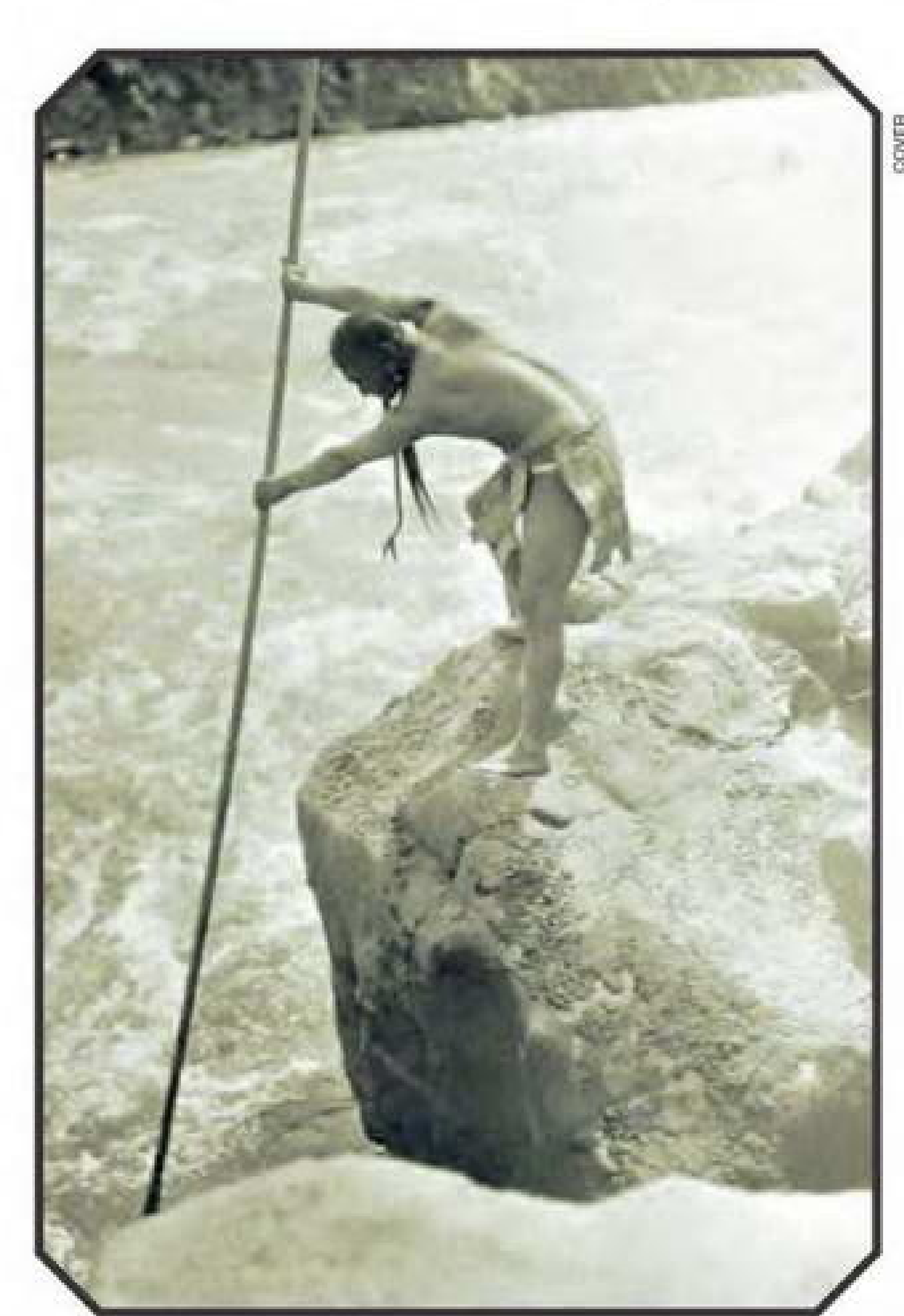
cia, la aparición de las ciudades. Fortificadas y rodeadas de fosos, poseían unos espacios para hacer reuniones y jugar a la pelota, que se abrían ante los centros del poder y las pirámides truncadas. Se trataba de sociedades basadas en clanes, cuyos gobernantes eran caciques hereditarios, adorados como dioses. Administraban justicia y presidían las ceremonias religiosas, que podían incluir sacrificios humanos voluntarios. Fueron éstas las primeras tierras que pisaron los españoles, que buscaban la fuente de la eterna juventud. Sin embargo, sufrieron repetidas derrotas e introdujeron las enfermedades que, en poco tiempo, prácticamente exterminaron a todos estos grupos.

En el litoral de Florida se asentaban las "Cinco tribus civilizadas", llamadas así por los españoles por su semejanza con las naciones europeas

Otra de las amplias zonas donde los indios se instalaron abarcaba hasta dos millones y medio de kilómetros cuadrados y se extendía desde el centro de Canadá al sur de Texas. Son las Grandes Llanuras, el llamado "Corazón de América", un inmenso praderío dominado por el sol y el viento. En época arcaica, pequeños grupos nómadas vivían siguiendo las manadas de antílopes. Su carne les alimentaba; su piel les vestía y cubría sus tiendas; y su cornamenta servía para los sacrificios ceremoniales. Con el paso de los siglos, la existencia de estas tribus –cuyos hábitos de vida serían arquetípicos del indio norteamericano– pasaron a depender de otro animal: las praderas se convirtieron en el indiscutido reino del bisonte. Al iniciarse el verano, se concentraban los rebaños y las tribus se reunían para su caza. Provocaban la estampida de una manada, empujándola por un desfiladero hasta un precipicio, desde donde se despeñaba. Al inicio de la penetración europea había unos cien millones de bisontes, pero los nuevos sistemas de caza les llevarían casi hasta el exterminio.

Vecinos de la región del salmón y la tierra de los tótems

La carne del gran cornúpeta era conservada, asada o cocida en la panza del animal, recipiente utilizado para cocinar. Su piel se transformaba en techos de tiendas, ropas y toda clase de objetos: escudos, cuerdas, sacos y cubiertas de embarcaciones. El pelo servía para almohadas y asientos; los tendones, para cuerdas de arcos, puntas de flecha y agujas de costura; las astas, para armas arrojadizas y utensilios ceremoniales y de uso cotidiano. Los huesos se convertían en útiles de trabajo y el cráneo era de gran relevancia en los rituales sacros.



COVER

Horizontes de grandeza

En la costa oeste, la alimentación básica era el salmón, en cuya pesca se afana este wishram (izda.). Sin embargo, las tribus que vivían en el interior –como en las Black Hills (Dakota del Sur), abajo– cazaban bisontes.

Sioux, comanche, arapahoe, crow, cheyene, kiowa, dakota, pawne, wichita, kansas, iowa y pies negros eran los nombres de las mayores tribus. Aunque algunos eran habitantes de semicuevas, la mayor parte formaba poblados de tipis, las célebres tiendas indias, circulares y con una salida superior para humos, construidas con pieles que a veces se pintaban de vivos colores. Las tribus se basaban en la unidad familiar matriarcal y en las costumbres tradicionales. La riqueza era poco apreciada y se valoraban los comportamientos personales; así, se castigaba con rigor a los que perjudicaban el interés público y los necesitados contaban con el apoyo de los responsables comunitarios.

En el oeste, entre las Montañas Rocosas y Sierra Nevada, la Meseta y la Gran Cuenca ocupan más de un millón de kilómetros cuadrados y constituyen otro de los grandes territorios donde los indios desarrollaron su vida: el llamado "reino del salmón". Se extiende desde el lluvioso norte, con extensos bosques de coníferas, hasta el seco sur, accidentado y semidesértico, con escasa vegetación y lagos salados. Posee un clima muy extremo de sofocantes calores veraniegos y grandes fríos invernales. En aquella zona se vivía una frugal existencia. La caza del venado y de las aves y la recolección de especies vegetales se unía a la actividad fundamental: la pesca del salmón. En las zonas áridas, la mayor caza era la del conejo –cuya piel utilizaban como ropa– y, junto a raíces, semillas y nueces, se consumían serpientes, saltamontes y todo tipo de insectos.

Shoshone, kutenai, nez percé, flathead, yakima, ute, paiute y modoc, entre otros, se instalaron en aquellos territorios. Vivían en sencillos poblados de chozas, casas semisubterráneas o precarias tiendas cónicas



AGE





Tejiendo los hilos de su borroso futuro

Los indios navajo –tribu a la que pertenece esta mujer (E. Curtis, 1900)– eran célebres por sus trabajos de artesanía como alfombras o joyas de plata y turquesas.

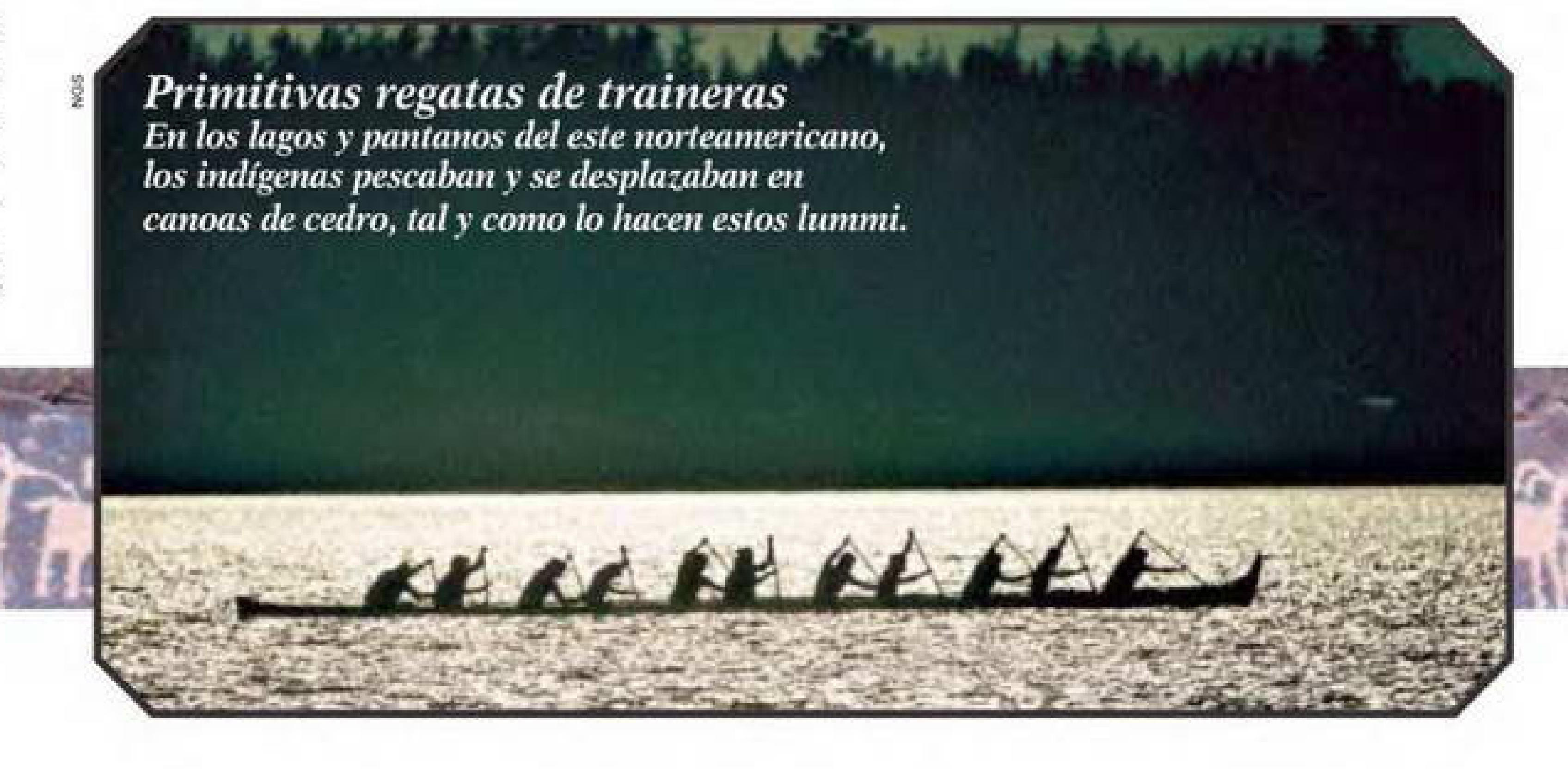
cubiertas por esterillas, que les hacían ser conocidos como "los de los malos alojamientos". La familia era la base de la organización social. Dentro de cada tribu no existía un poder supremo y las decisiones se tomaban en asamblea, por voluntad mayoritaria. En cuanto a la alimentación, el salmón se pescaba con lanza, red y anzuelo, desde plataformas o mediante diques de cañas. Los arcos de madera de cedro blanco permitían lanzar certeramente flechas con veneno de serpiente de cascabel o con hígados putrefactos de ciervo. Además, eran grandes expertos en cestería y organizaban activas ferias donde se ofrecían y demandaban productos de toda especie.

Más al norte se encontraba la denominada "tierra de los tótems" donde, en el 3.000 a.C., se estabilizaron los niveles del mar y nacieron las civilizaciones de la costa oeste. Estrecha y sinuosa faja a lo largo de la costa del Pacífico, del norte de California a Alaska, un clima marítimo, templado, húmedo y lluvioso la dotaba de buenos recursos materiales y favorecía unas agradables condiciones de habitabilidad. Los pueblos tinglit, haida, salish, kwakiutl, tsimshian, chinook, bellaccola, coast, chimakuan y los célebres nootka erigieron elaboradas culturas, lenguas particulares y manifestaciones artísticas de consideración. Se asentaron en la costa y junto a los ríos sin formar nunca grandes unidades políticas. En torno a la casa comunal, las viviendas eran rectangulares y se construían con cedro blanco. Ante ellas alzaban los tótems, postes de madera de hasta 18 metros de altura pintados de vivos colores o tallados, representantes de los espíritus de la familia y que se convertirían en sus más emblemáticos iconos de identidad. Otorgaban gran importancia a los lazos familiares, mientras que el sentido de pertenencia a un linaje, el rango social y el liderazgo de grupo eran hereditarios y no debidos al esfuerzo individual. Vestían ligeras ropas de cuero o de lana. Descalzos durante todo el año, se abrigaban con mantas de vistosos colores, ponchos y trenzados sombreros de ala ancha.

Los habitantes de Eldorado y las zonas desérticas

Estas tribus de la costa oeste cazaban ciervo, castor, oso, cabra y marmota, aunque el salmón tenía la absoluta preeminencia. Los grandes mamíferos marinos aportaban carne y se aprovechaban al máximo sus pieles, huesos, tendones, vejigas y demás órganos. La más codiciada era la carne de ballena, a la que se atribuían poderes sobrenaturales y cuya caza se reservaba a los grandes jefes. Alcanzaron un notable desarrollo en las artes decorativas pero desconocían las tareas de alfarería, que suplían con su dominio de la cestería, elaborando objetos impermeables que eran utilizados para transportar agua y cocinar alimentos.

Descendiendo hacia el sur, entre el Pacífico y Sierra Nevada, las benignas condiciones climáticas de California favorecieron el asentamiento de un gran número de tribus. Del árido desierto a los caudalosos ríos y profundos lagos, extensos pantanos y densos bosques de coníferas, fue un precoz foco de atracción de muchos pueblos. Todo facilitaba la existencia de los karok, miwok, yoruk, hupa, pomo, tolowa, pawtin y wuntun, entre otros. Más australes eran las tribus "de misiones", que fueron conocidas con los nombres que los misioneros españoles les dieron: luiseños, ignacianos, gabrielinos... Tenían homogéneas formas de vida pero no constituían entidades políticas mayores. La bellota era el elemento vegetal básico de la alimentación, junto a gran variedad de plantas, raíces y frutos. Cazaban venados, conejos, ardillas, lagartos, aves de pequeño tamaño, insectos, caracoles, lagartos y serpientes, incluida la de cascabel. Los ríos aportaban el salmón y desde la costa llegaban morsas, delfines y otros mamíferos marinos. Arpones, cañas, redes y venenos se usaban para obtener



Primitivas regatas de traineras

En los lagos y pantanos del este norteamericano, los indígenas pescaban y se desplazaban en canoas de cedro, tal y como lo hacen estos lummi.



Un pisito confortable

Según el terreno en el que estaban establecidos, los nativos construían distintos tipos de viviendas. Casas de adobe y arcilla (como los hopis), tipis (en la imagen) o sencillas estructuras de ramas y pieles.

COVER

Mientras apaches y navajo eran tribus guerreras e individualistas, sus vecinos los hopi eran tranquilos agricultores, ajenos a las armas

cangrejos, moluscos y tortugas. Sus viviendas eran sólo elementales refugios hechos de ramas, corteza y hierbas o erigidos con mamparas y postes. La ropa era ligera y, salvo en invierno, estaba reducida a una especie de pequeño delantal y una manta de piel de conejo. Expertos en cestería, los objetos con cuentas de abalorios y plumas eran sus más características producciones artesanales. El comercio era muy activo y, en las ferias, los productos locales se vendían y compraban junto a esclavos, alimentos, instrumentos de toda especie, ropas y objetos de alfarería.

Al continuar el viaje hacia el sur nos encontramos con los actuales Estados de Arizona y Nuevo México y los mexicanos de Sonora y Chihuahua. Allí, hace diez mil años, el fin de las glaciaciones impuso la caza del bisonte como clave para la subsistencia de sus habitantes. La dureza del medio físico, con inviernos muy fríos y veranos extremadamente calurosos, dificultaba la existencia de gentes dedicadas a la caza y la recolección. Al sur, los ríos Grande y Colorado favorecían la agricultura, sobre todo a partir de que llegaron desde el desarrollado México el maíz, el fríjol y la calabaza. Las técnicas de irrigación eran muy arcaicas, se desconocía el arado y los abonos y todo dependía de la agricultura, hasta el punto de que al transcurso del año se le denominaba "una cosecha". Vivían aquí apaches, navajo e indios pueblo.

El robo y el saqueo se convirtieron en una importante actividad lucrativa

Cuando llegaron los europeos, los apaches y navajo concluían una emigración de quinientos años que les había traído desde Canadá y Alaska. Los comanches se llamaban a sí mismos *inde*, "gente", mientras los navajo se calificaban de *dineh*, "pueblo". Pese a su reducido número, estas tribus hablaban una gran cantidad de lenguas y mostraban rasgos muy diferenciados entre sí en su vida cotidiana. Su instalación en esta tierra les aportó la nueva y lucrativa actividad del robo y el saqueo. Hay que tener en cuenta que su propia evolución había fomentado el individualismo y la valoración de las decisiones personales. Los pequeños grupos migradores habían creado un tipo de hombre con un gran sentido de independencia y libertad. Bandas formadas por un reducido número de familias no se sentían parte de una unidad superior y los jefes no eran caciques de poder absoluto, sino ocasionales dirigentes elegidos por acuerdo para cuestiones o problemas concretos. Sus habitáculos tenían carácter provisional: tiendas, refugios hechos de matas y casas cónicas de troncos, ramas y tierra. El matriarcado coexistía con la poligamia y la facilidad para disolver matrimonios. Razas del aire y el viento, apaches y navajo tenían en el día a día la base de su concepción de la vida y eran poco dados a los trabajos propios de agrupaciones estables. Su contrapunto eran los vecinos hopi, "el pueblo pacífico", donde las mujeres eran las dueñas de la tierra, habitaban en casas de arcilla y adobe, cultivaban sus campos y recogían fruta.

En zonas más áridas se asentaban, entre otros, los pueblos denominados "rancheros": tarahumara, yuma, caita, pima, maricopa y papago. Se dedicaban a la agricultura y poseían un fuerte sentimiento familiar y comunitario, una organización con un jefe supremo y una jerarquía religiosa que desarrolló ricas tradiciones de mitos, oratoria, leyendas y cánticos. Junto al río Grande se situaban los llamados indios pueblo. Les dieron este nombre los españoles al ver sus sólidas y amplias casas de piedra y adobe. Formaban parte de este grupo los hopi, zuni, acoma y laguna, que habían venido desde las mesetas en busca de tierras de labranza. La aldea era la unidad social básica y en algunos casos llegaron a formar ciudades, de las que la mayor fue Taos. Eran los más desarrollados, cultivaban maíz, judías, calabaza y algodón y cazaban búfalos, antílopes, ciervos, osos, pumas y conejos. Su indumentaria consistía en taparrabos, una túnica de algodón y sandalias. Tra-

Danzad, danzad malditos...

Bailes rituales y disfraces que personificaban animales constituían la base de las ceremonias que oficiaban muchas tribus (en la imagen, indios mayo).

NGS

El frío imposibilitaba la agricultura en el norte, por lo que sus habitantes se alimentaban de focas o ballenas

taban hábilmente el algodón y eran los mejores tejedores y alfareros. Respecto a la idea de unidad familiar y armonía con la naturaleza, tenían un elaborado sistema de ritos y ceremonias. Los demás pueblos vecinos –zuni y seri– nunca llegaron a tal desarrollo y vivían de una agricultura y una caza primitivas, obteniendo las piezas por agotamiento tras largas persecuciones a la carrera.

El último de los grandes focos habitados por nativos se situaba en el frío norte. Sobre el amplio espacio canadiense, del Atlántico al Pacífico, de las estribaciones de las grandes cordilleras a la costa baja, grandes y espesos bosques acogían a un elevado número de tribus: cree, montagnais y naskapi en la parte oriental; beaver, kutchin e ingalik a occidente. Las bajas temperaturas imposibilitaban la agricultura y obligaban a una dependencia de la caza del venado y otros animales pequeños. En casos de extrema necesidad, la alimentación se reducía al consumo de corteza de árbol. En invierno, pescaban agujereando la capa de hielo que cubría lagos y cursos de agua y, en verano, colocaban hábiles trampas y cazaban el caribú, el alce y el oso.

Los pobladores del ártico vivían en iglús fabricados con bloques de hielo

Eran poblaciones de reducido número de individuos –siempre enfrentados entre sí– y formaban campamentos de viviendas semicirculares o tiendas de cuero. El abedul era el árbol fundamental y su elástica y resistente madera servía para fabricar desde canoas y botes hasta trineos, tambores y raquetas para la nieve. El precario aporte de carne y pescado se completaba con algunos productos vegetales. En el norte ártico, el rigor se extremaba y los inuit, yuit y aleutianos sobrevivían con la caza del caribú, la pesca de mamíferos marinos –como la foca y la ballena– y la recolección de algas, raíces y líquenes. Vivían en tiendas cubiertas con pieles en verano e iglús hechos de bloques de hielo en invierno. Se movían en kayak por ríos semihelados, con el diestro arpón en la mano, o sobre suelo nevado en trineos tirados por perros. Consumiendo la carne cruda y trabajando la artesanía de la madera, el marfil y la esteatita transcurría la rigurosa y estoica existencia de los pueblos que en las nórdicas y lejanas soledades tenían su frío hogar. ■





Un lugar bajo el sol

Este mapa muestra la situación de la población de Norteamérica y parte del actual México durante los siglos XVIII y XIX, antes de la masiva conquista de estos territorios por el hombre blanco. Las ocho grandes áreas que identificamos vienen definidas por la geografía y la climatología, y no tanto por las similitudes entre las tribus, ya que podían existir grandes diferencias entre poblados vecinos.

MARCO PATERNOSTRO



NGS

TIERRAS VIOLENTAS

La ley del Oeste

En una época en la que el único código válido era la "ley del Talión", la justicia estaba en manos de sheriffs *de dudoso origen y dedo rápido, pueblos "linchadores" o "jueces de la horca".* Por **Pilar Ponce**

NGS

La violencia imperante en el Oeste es un tópico y tiene, por lo tanto, tantas dosis de fundamento como de exageración. Tan reales fueron los forajidos campando a sus anchas por territorios infinitos, como lo fueron sus perseguidores. Unos y otros crearon y sustentaron la imagen de un área inmersa en la "cultura de la pistola", donde la vida tenía un valor más bien relativo.

Hoy sabemos, sin embargo, que la existencia en la frontera fue bastante más sosegada que en muchas ciudades del Este. En la famosa ciudad de Dodge City, por ejemplo, entre 1876 y 1885 se cometieron 15 asesinatos, mientras que sólo en Chicago hubo más de 500 entre 1927 y 1930.

El caso de la llamada "Guerra del condado de Lincoln" (Nuevo México, 1878-1881) puede ser un ejemplo de cómo se aúnan ficción y realidad para presentar una imagen atractiva, pero no necesariamente correcta, de un conflicto puntual. La *guerra* fue en realidad una lucha que enfrentó a los ganaderos –entre los que estaba el famoso Chisum– y que desembocó en la intervención de las tropas federales. Tras 5 días de combates, el resultado fue de 6 muertos. Tres de esas muertes fueron responsabilidad directa de William H. Bonney (1859-1881), conocido como Billy el Niño. Tras huir de Lincoln, creó su propia banda, vagabundeando por la zona y robando ganado a Chisum, quien puso precio a su cabeza. Llegaron los cazarrecompensas



Los valientes cabalgan solos
Sombrero calado, botas con espuela, cartuchera y el Colt siempre dispuesto. Los duros* cowboys *(izda., cuatro jinetes en Oregón) son los protagonistas de esta historia de vaqueros.

O.K. Corral: los treinta segundos más célebres del Oeste

Una treintena de disparos en una vieja cuadra de Tombstone (Arizona) resumen el duelo entre Wyatt Earp (arriba), sus hermanos y "Doc" Holliday contra los hermanos McLaury y Billy Clanton (izda.), estos tres muertos en el tiroteo.

y comenzó la persecución, con lo que la prensa tuvo una nueva leyenda con la que rellenar páginas. Su carrera como forajido había comenzado hacia 1875 –con el robo de varios kilos de manteca en una tienda– y adquirió plena madurez a partir de 1877, año en que cometió su primer asesinato. Su camino finalizó en 1881, cuando Pat Garrett, el nuevo *sheriff* de Lincoln, le mató en Fort Sumner. Tenía 21 años y alardeaba de haber matado a 21 hombres aunque hoy se le atribuyen sólo 7, que no son pocos.

Aunque, en conjunto, la vida en la frontera fue mucho más tranquila de lo que la literatura y el cine han transmitido, hubo lugares, épocas e individuos que contribuyeron a crear la mala reputación que hasta hoy mantiene. De hecho, en un mundo tan variado, cada actividad parece haber desarrollado su propio tipo de violencia y su particular modelo de forajido.



La muerte tiene un precio

En ocasiones, el pueblo se convertía en juez y parte, y linchaba a los malhechores. En la foto, J. Heath ahorcado por los vecinos de Tombstone.

La violencia e inestabilidad llevó a los ciudadanos a armarse para defenderse

La independencia de Texas (1836) atrajo a granjeros que buscaban tierra, pero también a aventureros de toda índole, entre quienes las peleas, borracheras y trifulcas formaban parte de la vida cotidiana. Fue entonces cuando se formaron las cuadrillas de *rangers* en Austin y llegaron a ser una eficaz fuerza de policía fronteriza. Allí fue, también, donde ganó fama mundial un nuevo personaje: el *Colt* de seis tiros. Ni el rifle ni la pistola de un tiro eran adecuados para las persecuciones a caballo. Por eso, el invento de Samuel Colt (1836) tuvo tanto éxito y se convirtió en el arma del Oeste por excelencia. En el confuso maremagno de los campos mineros fundados a partir de 1849, las peleas, robos y crímenes asociados a borracheras, juegos y filones disputados eran lo suficientemente frecuentes como para considerarlos hechos habituales. Según el cónsul francés de San Francisco, en 1850, cuando durante un juicio sonaba un disparo en la sala, el juez se limitaba a decir en voz alta: "¡Silencio por ahí" y continuaba con la sesión.

Fue en San Francisco donde surgieron los Comités de Vigilantes (1851), integrados por ciudadanos armados y con un sistema de justicia que llegó a extenderse por las ciudades vaqueras fundadas en la década de 1860-1870. El sistema era ciertamente expeditivo: no se incoaban procesos, los reos eran juzgados por jurados populares y, en caso de ser hallados culpables, colgados públicamente. Un caso sonado fue el linchamiento de Cora y Casey (1856), por encontrarles culpables del asesinato de un periodista. En 1855 se fundó la Wells & Fargo Company, que realizaba toda clase de envíos gracias a su red de diligencias que cubrían la ruta Nueva York-California en 13 días. A medida que crecía el negocio, fue necesario dotar a los carruajes de guardias armados: en 8 años se dictaron 206 condenas por asal-

to a mano armada, 11 salteadores murieron en los traslados y 7 fueron ahorcados. Un peculiar salteador fue Black Bart. Comenzó su particular relación con la Wells & Fargo en 1875, en California; actuaba siempre solo, con una chaqueta blanca y cubierto con un saco de harina; nunca lastimaba a nadie y sólo robaba el dinero de la caja de caudales y de las sacas de correspondencia. Arrestado en 1882, se descubrió que Bart era el respetable Sr. Bolton de San Francisco, hombre de mediana edad, de ademanes corteses e inclinación a la poesía.

El tren se convirtió en el nuevo objetivo de los asaltantes

Con el desarrollo del ferrocarril, la Wells & Fargo comenzó a utilizar los vagones correo, con lo que consiguió salir del agua hirviendo para caer en el fuego: en 1866 comenzaron los asaltos y en 1872 inauguró Jesse James su carrera ascendente hasta convertirse en el más célebre asaltador de trenes. Las décadas de 1870 y 1880 fueron la *edad de oro* de los asaltos a los ferrocarriles, que sólo disminuyeron con la intervención de la famosa agencia Pinkerton. Uno de los casos más espectaculares en los que se vio envuelto este servicio –con escaso éxito, por cierto– fue el de Robert Parker (1866-1909) y Harry Longabaugh (1867-1909), conocidos como Butch Cassidy y Sundance Kid. Ambos pertenecieron a una banda llamada el "Sindicato de Asaltantes de Trenes" o la "Pandilla del Hoyo en la Pared" que asaltó trenes, bancos y nóminas de las minas en las Montañas Rocosas, fugándose en 1900 con 200.000 dólares. Tras ofrecerse 1.000 dólares de recompensa por sus cabezas y con los Pinkerton siguiendo sus pasos, Cassidy y Sundance escaparon a Sudamérica en 1901, donde murieron en un enfrentamiento con la policía boliviana. Desde 1866, el ferrocarril fue utilizado para el transporte de ganado, guiado desde Texas por los míticos *cowboys*. Missouri se convirtió entonces en paso obligado de las reses desde sus pastos de origen hasta las estaciones de tren y pasó a ser también el escenario donde los forajidos atacaban a los vaqueros, provocaban estampidas, se adueñaban de cuanto podían y dejaban sobre el terreno no pocas vidas humanas.

Sea cual fuere la incidencia real de la violencia en la vida cotidiana de la frontera, lo que está claro es que no obedeció a una causa única sino que fue producto de un conjunto de factores que actuaron simultáneamente. La existencia de fuentes de enriquecimiento súbito y cuantioso, la rápida circulación del dinero, la creación de ciudades exclusivamente dedicadas al ocio, el desdén por las normas sociales y las pautas morales procedentes de otras épocas... Todo ello contribuyó a crear esas nuevas sociedades en las que las tradicionales jerarquías y costumbres quedaron desdibujadas, al menos durante un tiempo. La defensa de los intereses propios ante posibles competidores explica la variedad de frentes de conflicto: ganaderos contra ovejeros; rancheros partidarios de las cercas contra partidarios de mantener el campo abierto; ganaderos contra agricultores; mineros americanos contra los de otras nacionalidades, tramperos de unas compañías contra otras... Cada actividad tuvo su conflicto y sus propias víctimas.

La Guerra Civil tuvo un gran impacto en la trayectoria de la frontera. Cambió la forma de actuar de los colonos, su economía y la acción del gobierno federal, que a partir de entonces comenzó a mandar tropas y ▶

ALLAN PINKERTON (1819-1884)

CORDON

Fue el creador de la famosa agencia de detectives que lleva su nombre (1850) y del Servicio de Inteligencia de la Unión durante la Guerra Civil. Diseñó además la primera base de datos sobre delincuentes comunes, un modelo que después fue adoptado por el F.B.I. Como guardaespaldas del presidente Lincoln, descubrió un intento de magnicidio. Fue siempre un implacable perseguidor de forajidos que recurrió a cualquier método para alcanzar sus objetivos. Por ejemplo, durante la persecución de Jesse James (al que nunca logró detener), atacó e incendió la granja de su familia matando a su hermano e hiriendo a su madre. El campo de acción de la agencia no se limitó a los Estados Unidos y abarcó cuanto país y lugar sirviera de escondite a los delincuentes: en 1902, agentes de Pinkerton se desplazaron hasta Argentina y Bolivia siguiendo los pasos de Butch Cassidy y Sundance Kid, haciendo así honor a su lema: "Nunca descansamos".



JESSE JAMES (1847-1882)


COVER

Típico producto de la Guerra Civil, James combatió junto a la Confederación en la guerrilla de Quantrill y resultó gravemente herido. Hacia 1868, formó parte de una banda de salteadores de bancos y trenes postales junto a su hermano Frank y los Younger. El método utilizado en sus asaltos consistía en hacer descarrilar el tren, quitando parte de las vías. Una vez logrado este objetivo, reducían al maquinista y al fogonero, que casi siempre eran las primeras víctimas. Perseguido por Allan Pinkerton en persona, fue detenido gracias a la intervención de cientos de voluntarios. Le encarcelaron en 1876, pero consiguió escapar y fundar una nueva banda tres años después. Finalmente, murió asesinado por su compañero Robert Ford, que cobró así la recompensa. En contraste con su actividad pública, en su vida privada James estuvo muy unido a su madre, a sus hermanos y a su prima y esposa, con la que –tras nueve años de noviazgo– tuvo dos hijos. Su estrecha colaboración con el editor Newman le llevó a convertirse en un símbolo de la resistencia sudista durante la reconstrucción.



Forajidos de leyenda
La banda de los Dalton cayó tras intentar atracar dos bancos a la vez. De izda. a dcha.: Bill Powers, Dick Brodwell y Grat y Bob Dalton.

COVER

soldados, especialmente contra los indios, imprimiendo un nuevo rumbo a las relaciones políticas y sociales. Algunos de los que más tarde serían considerados peligrosos forajidos habían sido entrenados como guerrilleros de élite dedicados a robar trenes de suministro del ejército de la Unión; cuando la guerra terminó, simplemente continuaron sus actividades. La contienda, que produjo más muertes y ruinas que todos los forajidos juntos, generó también hombres violentos que trasladaron sus conflictos a las nuevas tierras.

Frente a este ambiente de inestabilidad, la lucha contra el crimen fue una iniciativa de las autoridades locales y ciudadanas. Así, la elección de jueces de paz, la formación de grupos armados o, incluso, los linchamientos, reflejan que en aquella tierra podía no haber orden, pero sí había ley: la ley del Oeste. Eso sí, era una legislación que poco tiene que ver con el concepto que de ella poseemos en un Estado de Derecho actual.

Representantes de la ley y pistoleros, forjados ambos por el mismo patrón

Aunque aquella legalidad es considerada hoy como sinónimo de abuso, injusticia y brutalidad, hay que entenderla como el producto de una determinada coyuntura histórica y de una mentalidad peculiar, que consagraba el derecho a portar armas como un principio esencial de su Constitución. Dado que el único requisito necesario para ejercer la función de *sheriff* era el de ser más rápido que los agresores, entre esos defensores del orden se encuentran algunos de los personajes más pintorescos de cuantos ha ofrecido el Oeste. Inclasificable fue Wyatt Earp (1848-1929), quien alternó sus actividades como dueño de salones, buscador de minas y apostador profesional, con su cargo de *sheriff* en Wichita, Dogde City y Tombstone, donde pasó a la historia como superviviente del duelo en O.K. Corral (1881). También entre los jueces existieron casos singulares. Baste recordar al peculiar Roy Bean (1825-1903), buscador de oro, ladrón de ganado, jugador y contrabandista, quien tras verse involucrado en diferentes duelos y asesinatos se asentó en Langtry. Autoproclamado juez de paz, celebraba juicios y dictaba sentencias sentado en el porche de "The Jersey Lilly", taberna de la que fue propietario y mejor cliente. Otro letrado digno de mención sería Isaac Parker (1838-1896), elegido fiscal y juez en diferentes distritos de Missouri. A lo largo de sus 21 años como juez en Arkansas sentenció 13.490 casos –344 de ellos por crimen–, dictó 160 condenas a muerte –156 para hombres y 4 para mujeres–, de las que fueron ejecutadas 79.

Myra Belle Shirley (1848-1889), Belle Star, mantuvo una guerra particular con el juez Parker, que consiguió enviarla a prisión. Belle fue un extraño caso de aculturación, pero a la inversa. En sus 40 años de vida, pasó de niña que recibía clases de piano y latín a vivir en territorio indio, junto a su segundo

La Guerra de Secesión (1861-1865) sembró un ambiente de violencia que se extendió hacia el Oeste





CORDON

COVER

(o tercer) marido cherokee, dedicada al comercio de caballos robados. Amiga de la infancia de Jesse James, estuvo implicada en múltiples atracos que le permitieron llevar una vida razonablemente holgada. Llegó incluso a disponer de un equipo de ayudantes quienes, con la ley o con el arma, resolvían sus problemas legales. En 1889 recibió un disparo por la espalda y entre los sospechosos del crimen se encontraba su hijo Ed, con quien tenía una mala relación.

Hollywood encontró un filón en aquellas historias repletas de héroes

Entre las pocas mujeres que han pasado a la historia violenta del Oeste se encuentra Martha Jane Canaria (¿1852?-1903), Calamity Jane. Descrita por los cronistas de la época como "una salvaje que bebe, jura, dispara y monta como un hombre. Allí donde está ella hay jaleo, sobre todo si está bebida", Calamity protagonizó uno de los muchos atracos sufridos por el ferrocarril Pacific Union. Posteriormente, y junto al también célebre Buffalo Bill, formó parte de un circo ambulante, como "la original mujer salvaje del Oeste, luchadora contra los indios".

El cambio de imagen que afectó al Oeste guarda relación con su inserción en la vida nacional. Por motivos obvios, escritores, periodistas y guionistas de Hollywood centraron su atención en historias –reales o ficticias– llenas de acción, violencia y heroísmo. Además, esa imagen se enmarca en un conflicto mucho más amplio: el del Este contra el Oeste, el de la civilización contra la barbarie. Para acabar con la injusticia, los abusos y crímenes imperantes en la frontera eran necesarios los comerciantes, empresarios, políticos, burócratas y tropas del Este. Sólo ellos lograrían introducir el orden en el caos habitual. Mientras para unos "el gobierno federal (...) se creó a sí mismo en el Oeste", para otros resulta evidente que la colonización fue producto exclusivo de la iniciativa y el esfuerzo de los colonos, que dictaron sus propias leyes, establecieron sus mecanismos de defensa y crearon una sociedad en gran medida autogestionaria. Hoy, como ayer, la polémica se inserta en un debate marcadamente ideológico entre quienes defienden la necesaria existencia del Estado y quienes mantienen viva la propuesta de una sociedad regida por y para los individuos. En última instancia, lo que no ofrece duda es la transformación de la frontera de pioneros en un mundo de especuladores, empresarios y personajes desvinculados del trabajo directo con la tierra y sus recursos.

No hay sitio para los dos, forastero

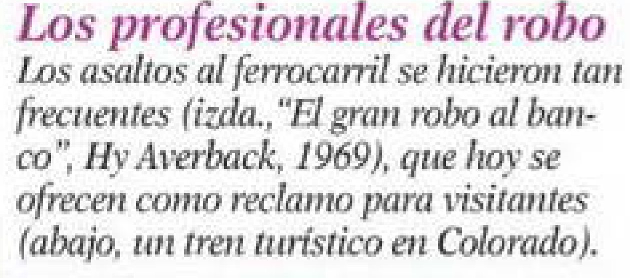
Las armas formaban parte de la vida diaria en el Oeste. Los vaqueros acudían con su Colt a beber al "saloon" (arriba) o eran enterrados con su Winchester (dcha., cuerpo de R. Burrow).

El Oeste comenzó a estabilizarse con la llegada del mercado especulativo

De la búsqueda de oro en la arena de los ríos se pasó, en apenas 30 años, a modernos métodos industriales de extracción. En el campo, el ideal igualitario en la adquisición de tierras se rompió con la presencia de especuladores. La aparición de éstos se debió a las concesiones de tierra a las compañías ferroviarias y a que el Congreso permitió la utilización del suelo público para financiar objetivos políticos y servicios oficiales. De hecho, se ha calculado que, entre 1850 y 1860, hasta el 90% de los agricultores consiguieron su tierra a través de estos negociadores de suelo. El Oeste comenzó entonces a estar domado. ■

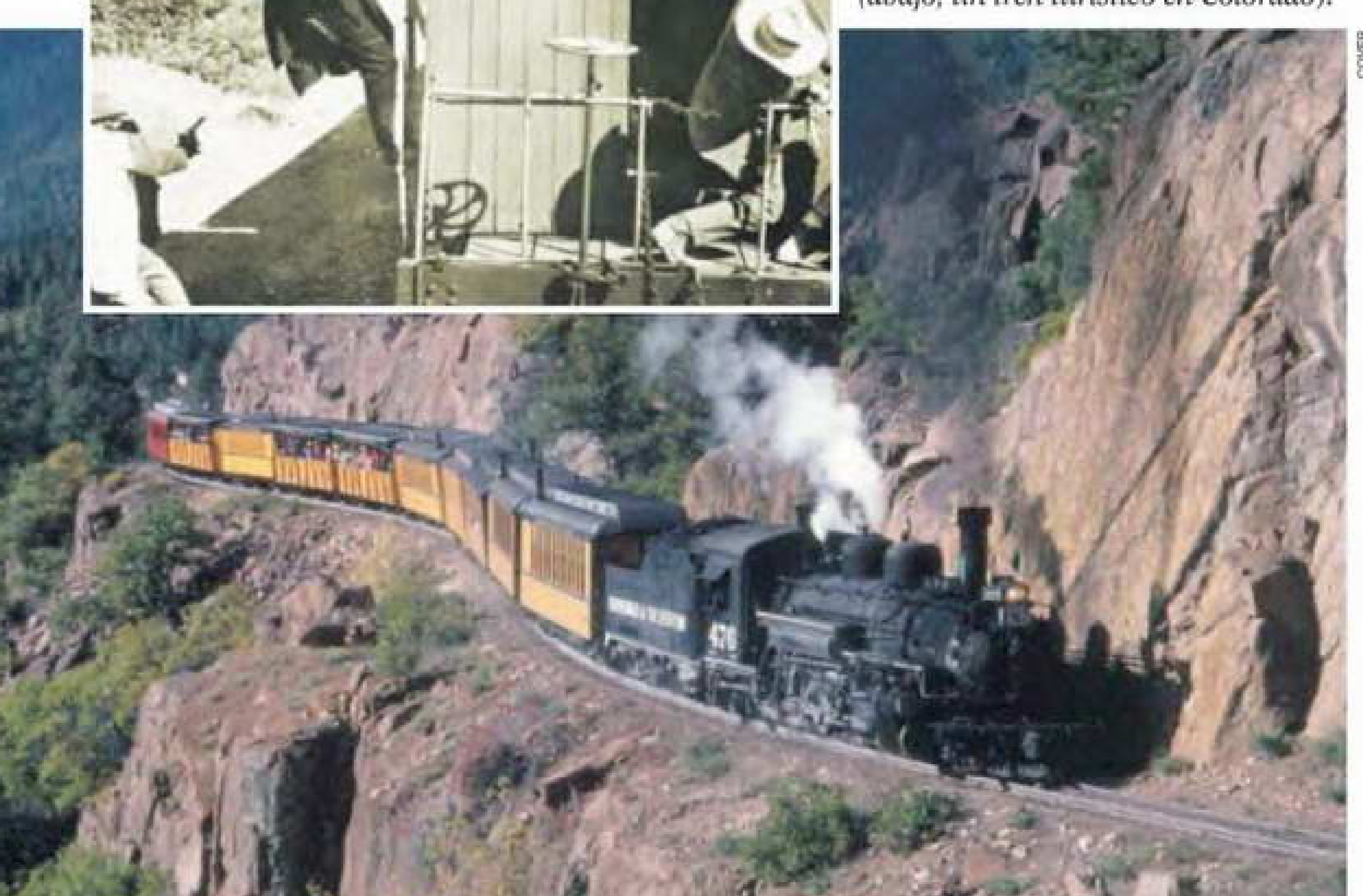


COVER



Los profesionales del robo

Los asaltos al ferrocarril se hicieron tan frecuentes (izda., "El gran robo al banco", Hy Averback, 1969), que hoy se ofrecen como reclamo para visitantes (abajo, un tren turístico en Colorado).



COVER



LA VIDA COTIDIANA DE LOS APACHES

El "pueblo enemigo"

Aunque en su lengua el término "apache" significaba "enemigo", estos indios se denominaban a sí mismos "pueblo". El cine nos los ha presentado como salvajes e ingobernables, pero eran sabios en conocimientos de la naturaleza, solidaridad, armonía, autogestión y equilibrio social.

Por **Carlo Caranci** · Ilustración **Fernando Aznar**



Ritual de pubertad

Esta escena recoge la "Danza del Sol Naciente", ritual en que una joven se somete durante cuatro días a una ceremonia que la convertirá en mujer. Un chamán la bendice mientras la tiñen de amarillo para simbolizar el polen sagrado.

En 1909 moría míseramente, en una reserva de Oklahoma, quien había sido el alma de una de las últimas resistencias indias en Estados Unidos: *Goyathly*, más conocido como Jerónimo. Terminaba con él la historia épica del pueblo apache, que había comenzado con la invasión española en el siglo XVI. Un pueblo con el que las novelas, y sobre todo el cine, nos han familiarizado: ¿a quién no le suenan los mescaleros, los chiricahuas, o nombres como Cochise, Victorio, Mangas Coloradas o el propio Jerónimo? Los apaches son un gran grupo étnico, una macroetnia con más de 20.000 integrantes. Habitan en el sudoeste de Estados Unidos –Arizona y Nuevo México– y en el norte de México –Sonora y Chihuahua–, y en la actualidad se encuentran también en reservas de Texas, Colorado y Oklahoma.

Esta tribu provenía del noroeste de América y era una gran rama desgajada de las poblaciones subárticas de lengua atapaskana que aún viven en Alaska y Canadá y una de sus subfamilias lingüísticas es la apache-navajo. Llegaron a su hábitat actual entre los siglos XI y XVI. Hacia el siglo XIX los indios se dividían, como hoy, en varios subgrupos o etnias: apaches occidentales (Arizona oriental), kiowa (Kansas), jicarilla (noreste de Nuevo México), lipan (norte de México), y los más conocidos: los mescaleros (Arizona centro-sur) y los chiricahua (Arizona suroriental). A su vez, estas tribus se subdividían en fracciones, por lo general localizadas geográficamente.

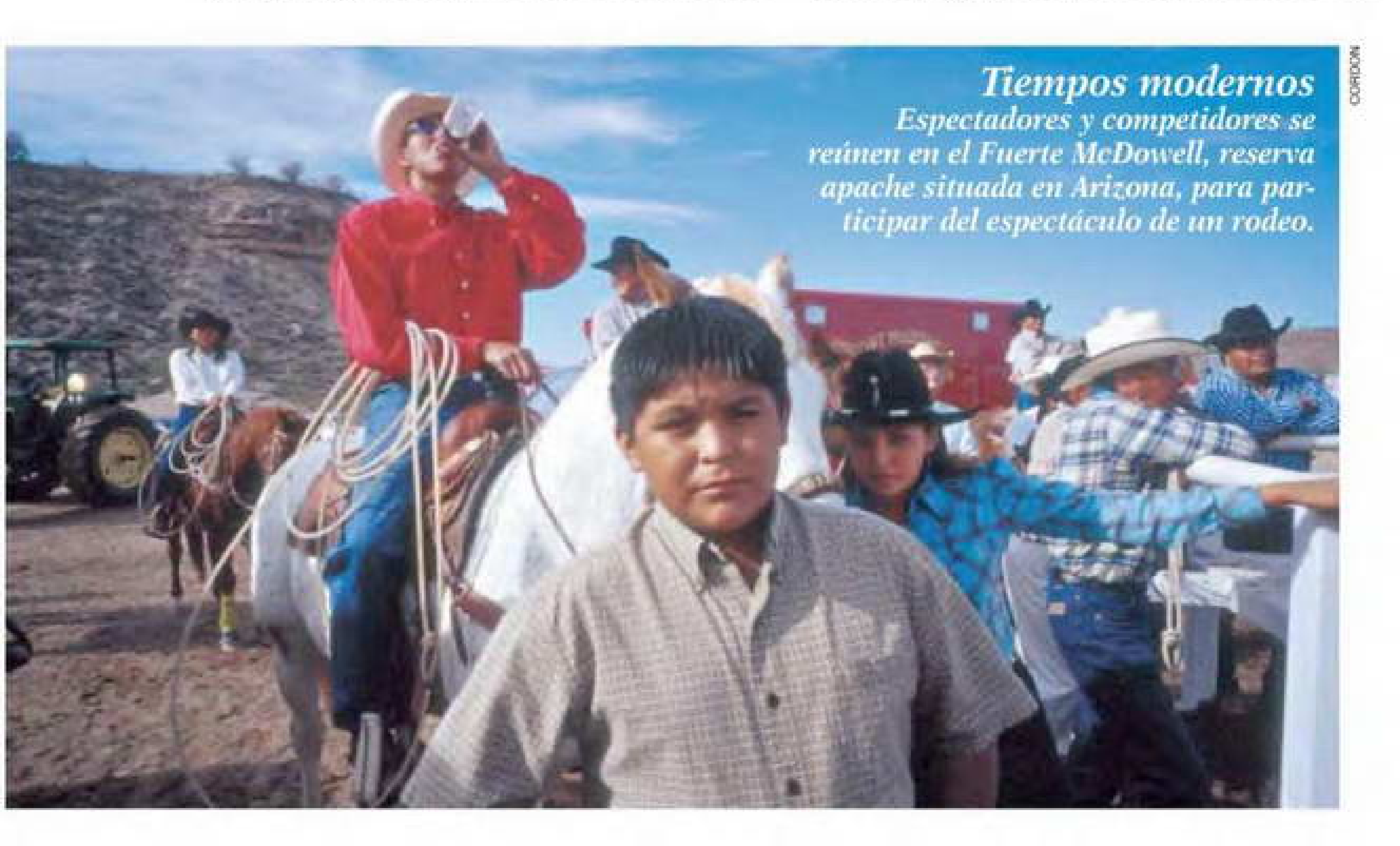
GETTY

El término "apache" proviene de la lengua zuñi: *ápachu*, "enemigo". Sin embargo, ellos se denominan *ndé*, *indé*, o *tindé*, según la etnia de que se trate, que deriva de *tinné*, "pueblo". Históricamente recibieron influencias de las poblaciones vecinas como los indios pueblo y de las civilizaciones de las Praderas. Además, los navajo (noroeste de Nuevo México) son sus parientes.

Fue un pueblo nómada que se desplazaba de la montaña a las llanuras

Las diferentes poblaciones apaches habitaban regiones separadas entre sí y presentaban a veces marcadas diferencias. Sin embargo, tenían varios denominadores comunes básicos como el nomadeo, la caza, la recolección, el mescal, los ritos de paso, gran parte del arte... El cine y las fotografías de la época nos han ofrecido una imagen de los apaches como gente zarrapastrosa, con pobres viviendas y utensilios, que habitaba en remotos desiertos y que eran además unos implacables salvajes ingobernables. En realidad, se trata de una visión en gran parte falsa. En este artículo nos centraremos en la vida de la tribu hacia el año 1870, la época *clásica* de las guerras con europeos y norteamericanos.

Hay que tener en cuenta que los apaches eran la mayor población nómada del Sudoeste. En verano, sus comunidades se establecían temporalmente en las



Tiempos modernos
Espectadores y competidores se reúnen en el Fuerte McDowell, reserva apache situada en Arizona, para participar del espectáculo de un rodeo.

CORDON

Su economía se fundamentaba en la caza –operación que llevaban a cabo los hombres en exclusiva– y en la recolección, actividad propia de las mujeres


Cañada real americana
A pesar de las diferencias que distinguían a las poblaciones apaches entre sí, les unía un estilo de vida común. En la foto, una india navajo pastorea ovejas en Monument Valley, Arizona.

montañas y se trasladaban a las llanuras en invierno. Conocían muy bien su entorno, su vegetación y su fauna, lo que les permitía integrarse perfectamente en su medio. De hecho, los propios blancos llegaron a aprovechar sus conocimientos empíricos de ecología. La vivienda típica, llamada *wikiyap*, tenía una forma semiesférica recubierta de ramas o corteza y era muy fácil de construir o de abandonar en caso de necesidad. En cambio, los navajo estaban influidos por la civilización de las Praderas y vivían en tipis, la vivienda de forma cónica más conocida.

Poseían perros, caballos, mulas, ovejas y, en algunas ocasiones, vacas que les servían tanto de alimento como de montura. Sin embargo, su religión les prohibía comer pavos, pescado, serpientes, osos y otros animales. Las bases de su economía eran la caza y la recolección. La captura de animales era una ocupación exclusiva de los hombres y se preparaban para ella desde pequeños. Se concentraban para sus cacerías enormemente e, incluso, los chiricahuas solían mantener alejadas a las mujeres para "tener suerte en la caza". Eran partidas que realizaban a pie o a caballo y para las que, en ocasiones se disfrazaban: usaban máscaras que representaban antílopes o ciervos para acercarse mejor a los animales. La caza exigía, además, ciertos rituales que garantizaran el éxito y aplacar a los animales sacrificados.

Las mujeres elaboraban con maíz el "tiswin", una cerveza suave

La recolección solía ser una actividad propia de las mujeres, a las que se les enseñaba cómo hacerlo desde pequeñas. Para hacer bien este trabajo era necesario conocerno sólo las especies vegetales, sino también las épocas de eclosión o aparición. En verano y otoño se recogían patatas, tabaco silvestre, mezquite, cebollas, fruto de yuca, cerezas, frambuesas, piñones... y el célebre mezcal. Se trata de una planta -que dio su nombre a los apaches mescaleros- con cuyos tubérculos se hacía una harina que constituía la base de su alimentación.

Las mujeres se ocupaban también, casi en exclusiva, de la agricultura, en particular del maíz con el que elaboraban el *tiswin*, una cerveza suave. También eran responsables del almacenamiento de la producción, que solía ser objeto de propiedad privada, a diferencia de los territorios de caza, que eran públicos. Además, cada día se ocupaban de recoger leña y agua, cocinaban, teñían, curtían y cuidaban a sus hijos pequeños. Como todas las sociedades de cazadores-recolectores, las de los apaches eran muy descentralizadas, es decir, adaptadas al nomadeo y a un entorno difícil. Se organizaban en lo que los estudiosos llaman bandas. Estaban formadas por varios grupos locales -que eran la unidad residencial y socio-política real-, compuestos cada uno por unas 30 familias extendidas matrilocales. Generalmente, eran grupos compuestos por un matrimonio, sus hijos y una o dos generaciones de parientes. Cada núcleo familiar constituía una unidad económica autosuficiente y ocupaba una vivienda.

Carecían de un gobierno centralizado y de jefes permanentes. Sólo ciertos personajes adultos, con experiencia y prestigio político, religioso o bélico, podían gozar de cierta influencia; al menos mientras se mantenían en forma o hasta que no cometían algún delito grave. Los cargos no solían ser hereditarios, aunque el hijo de un hombre influyente podía ser a su vez reconocido. Su responsabilidad diaria era mantener la unión, la armonía y el equilibrio social, además de resolver las disputas. Aunque era raro que dos o más grupos colaborasen, dentro de cada clan la unidad y solidaridad eran grandes.

Pese a su gran individualismo, un apache debía anteponer el bienestar de su familia. La mujer gozaba de gran importancia y con-

CORDON


ACI



Algo más que una bebida
La base de la alimentación de los apaches consistía en una harina que se hacía con el tubérculo de la planta del mezcal (a la izquierda, el maguey agave cupreata*), que da nombre a la bebida. Arriba, el jefe apache Cochise.*

▶

sideración. Además de su papel económico, era el nexo entre las generaciones, la educadora de los hijos. Solían casarse después de la pubertad, mientras que el hombre lo hacía una vez que se le consideraba adulto. El matrimonio se cerraba con un intercambio de regalos entre los miembros de ambas familias. Tras la boda, el marido iba a vivir con el grupo familiar de la mujer –matrilocalidad– y debía mostrar respeto hacia la familia de su esposa, para la que debía trabajar. Habitualmente se trataba de relaciones monógamas, pero en ocasiones se permitía la poliginia (excepto entre los lipan): un hombre influyente podía tener más de una esposa, que por lo general era su cuñada. Existía además el divorcio.

Sencillez económica frente a complejidad espiritual

Contrasta la relativa pobreza y sobriedad de los apaches en su vida social y económica –su nomadismo les impedía acumular demasiadas posesiones materiales– con su compleja visión del mundo y con su elaborada religión y variedad de rituales. Los apaches habían "salido de la Tierra" y la Tierra era para ellos el fundamento de la vida social. Creían en la existencia de una fuerza vital, a la que un individuo podía acceder a través de visiones y retiros en lugares apartados y con la ayuda de un chamán o sacerdote. Un dios de rasgos difuminados, Usen, era considerado el ser supremo. Había también otros seres sobrenaturales: la Mujer Pintada de Blanco; su hijo, el Muchacho del Agua; y su hermano, Matador de Enemigos. Con estos tres personajes se relacionaban los ritos de los jóvenes. El Coyote era un personaje mitológico muy popular, que personificaba la astucia y creaba la luz del día.

El poder espiritual podía ser usado para el bien o para el mal y había diversas criaturas –generalmente animales– relacionadas con ello. Los rituales eran numerosos: los había de carácter bélico, curativo, económico, familiar, de caza e, incluso, destinados a competiciones y juegos. Los ejecutaban o dirigían los chamanes, que generalmente eran hombres, aunque en alguna ocasión fueron mujeres. Se trataba de ceremonias que acompañaban al individuo desde la infancia: danzas, representaciones, carreras rituales, pinturas sobre la arena, corte del cabello... Sin embargo, los rituales más importan-

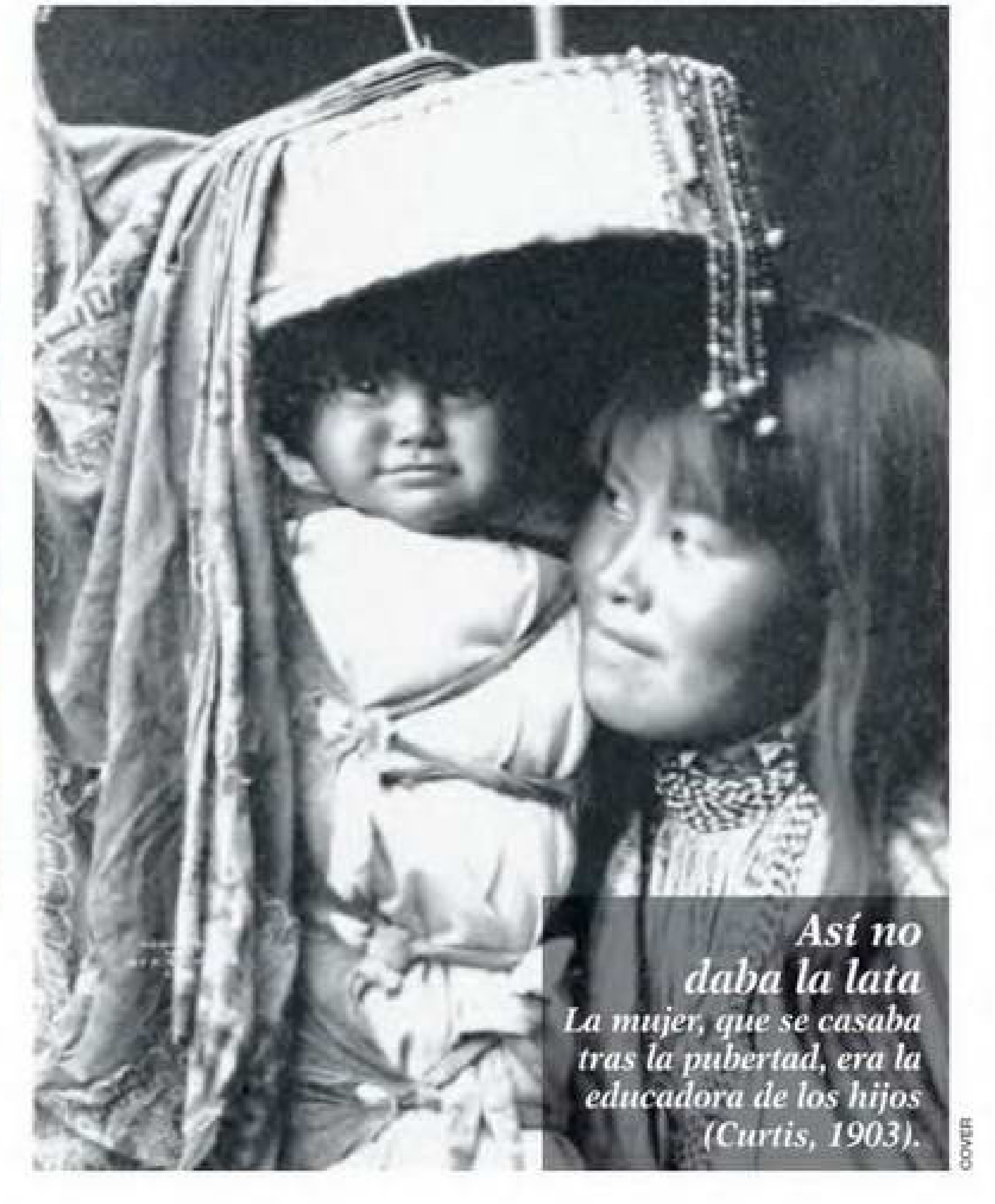


Hogar, dulce hogar

La vivienda típica de los apaches, llamada "wikiyap", no respondía al modelo tipi al que estamos acostumbrados por las películas del Oeste. Tenía forma semiesférica y se recubría con ramas o corteza de árbol (abajo, a la izquierda, familia navajo delante de su cabaña, y a la derecha, una vivienda apache del siglo XIX). Para un pueblo nómada como éste, una de las propiedades más importantes que debía poseer una casa era que pudiese ser construida y abandonada en muy poco tiempo. En la ilustración, los distintos tipos de viviendas habitadas por las tribus de Norteamérica.


Más grande que ella
Una mujer apache teje una cesta que dedicará a almacenar grano o verdura.

ACI


Así no daba la lata
La mujer, que se casaba tras la pubertad, era la educadora de los hijos (Curtis, 1903).

COVER

Tras la boda, el marido iba a vivir con la familia de la mujer y debía mostrar respeto hacia los deudos de su esposa

tes eran los de paso o de pubertad, que integraban al joven en la sociedad. El de los muchachos consistía en participar en cuatro incursiones sagradas, tras las cuales adquirían la categoría de guerreros.

El de las chicas era mucho más elaborado y complejo y el más importante de toda la cultura apache. Tenía como finalidad proclamar "mujer" a la muchacha y por ello se le preparaba para que supiese cuidar de la familia y fuera buena madre. Se trataba de la llamada "Danza del Sol Naciente" y duraba cuatro días, durante los cuales la muchacha era identificada con la Mujer Pintada de Blanco. Los preparativos comenzaban seis meses antes. La familia de la joven contrataba a los danzarines y expertos en rituales, pagaba las comidas de los espectadores y los vestidos de la chica. Ésta se ponía un largo vestido de ante, teñida de amarillo para simbolizar el polen sagrado, y llevaba en la mano objetos simbólicos: plumas de águila, conchas, un palito de grabar, un junco para beber y un bastón.

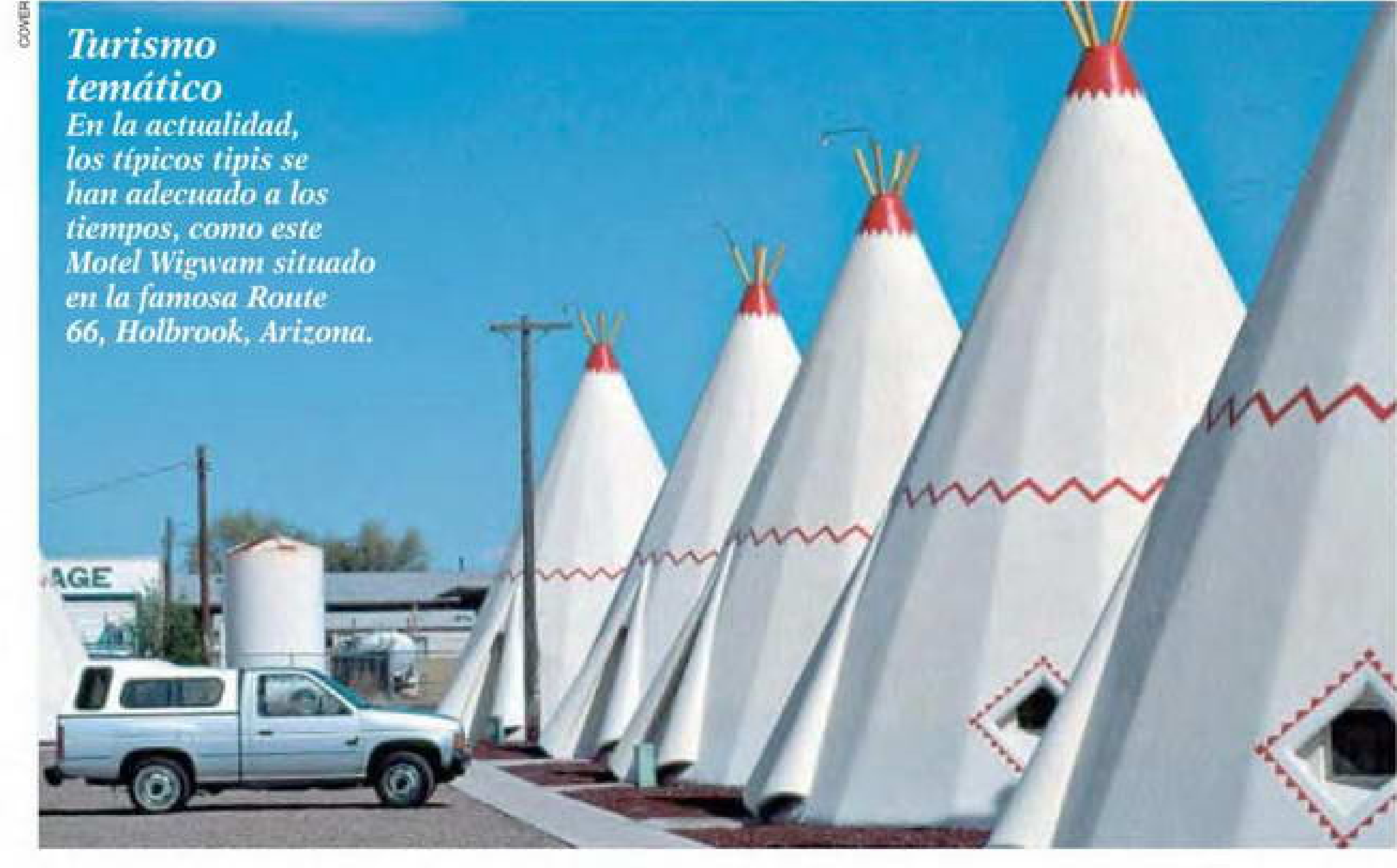
El primer día se le pintaba el rostro de amarillo -como el polen- y un chamán la conducía a un *wikiyap*, mientras la muchacha levantaba los brazos al sol. Luego se postraba y bailaba sobre sus rodillas, mientas que una mujer le masajeaba para ayudarle a hacerse fuerte. Posteriormente, para simbolizar la rapidez, se le hacía correr en cuatro direcciones y en espiral alrededor de un cesto con objetos rituales. Por la tarde la joven presenciaba los cánticos y danzas rituales y, fuera de la vivienda, la gente danzaba. El segundo día se bendecía a la muchacha con ocasión de su primera menstruación. Tras esto aparecían nuevos y llamativos danzantes, enmascarados y ataviados con cubrecabezas y ropas especiales.

En tiempos de escasez atacaban a tribus vecinas o a asentamientos europeos

Con la llegada de estos personajes disfrazados se iniciaba el punto culminante del ritual: los cuatro danzarines del Espíritu de la Montaña, los *gan*, acompañados por un quinto personaje semicómico, invocaban a los poderes sobrenaturales para que protegiesen a la comunidad. El último día, el chamán pintaba en la palma de su mano un sol, que apoyaba sobre la frente de la chica y volvía a ejecutar circulos rituales, separando el junco del bastón. En la actualidad, la Danza del Sol Naciente, más o menos adaptada, sigue celebrándose como ritual principal en las sociedades apaches.

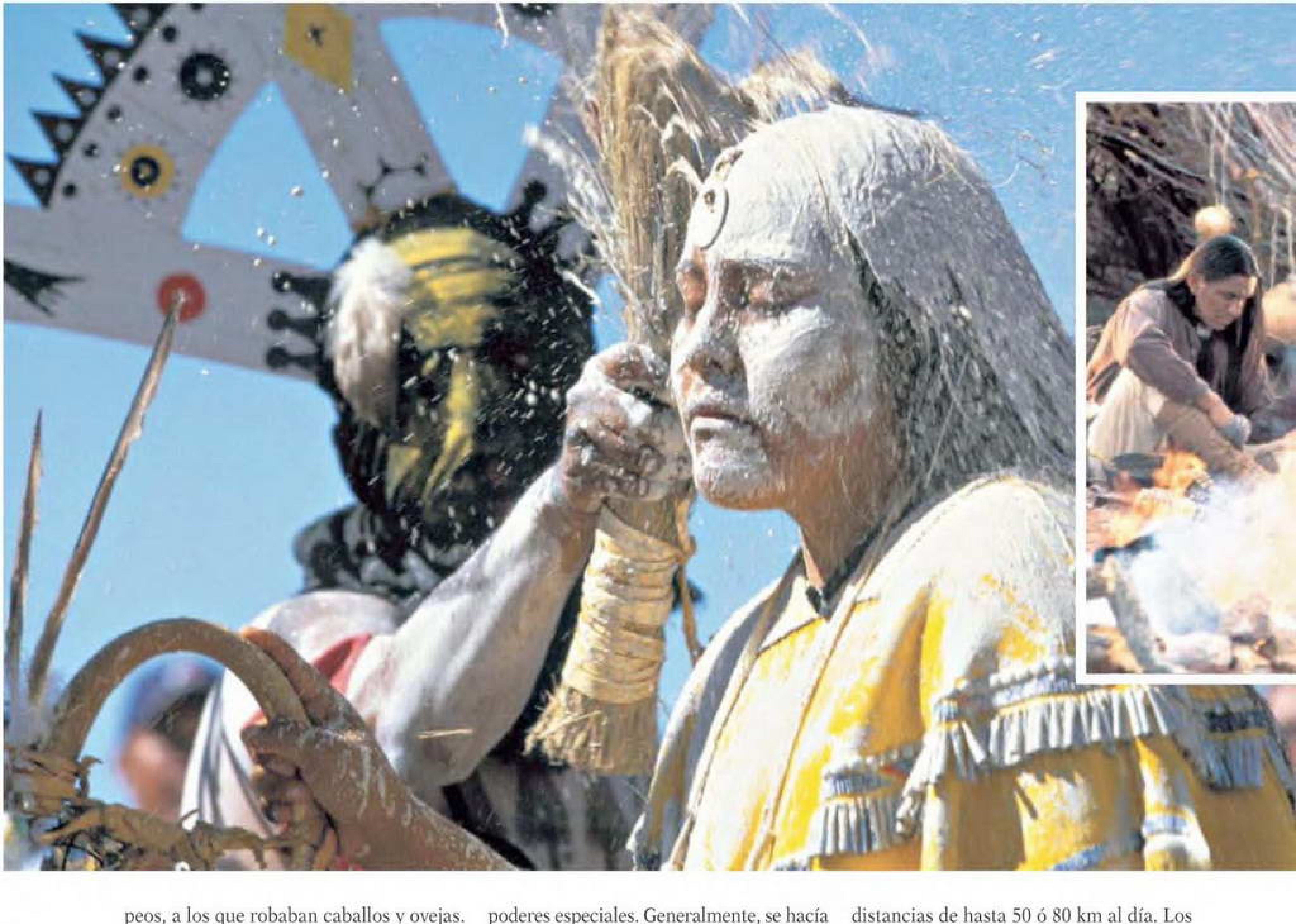
Desde muy jóvenes, los muchachos eran adiestrados para la guerra y las incursiones. Éstas solían realizarse en tiempos de escasez, cuando una partida de diez o doce hombres armados realizaba una salida para obtener alimentos y ganado de poblaciones indias vecinas como los comanches o los hopi. Años más tarde, atacarían a los euro-

COVER



Turismo temático
En la actualidad, los típicos tipis se han adecuado a los tiempos, como este Motel Wigwam situado en la famosa Route 66, Holbrook, Arizona.

▶



peos, a los que robaban caballos y ovejas. El botín final logrado se distribuía entre los parientes y entre las viudas y divorciadas. La guerra abierta era ya otra cosa diferente: el adiestramiento militar formaba parte de las creencias religiosas y los jóvenes debían participar en cuatro incursiones, aleccionados o dirigidos por un chamán.

Los chamanes se encargaban de preparar los rituales más adecuados

El guerrero era considerado sagrado, identificado con un héroe cultural llamado "Muchacho del Agua". Así, debía observar algunos tabúes y, durante este noviciado, se convertía en servidor del resto de los luchadores. Tras esta celebración se convertía en adulto y guerrero. Las mujeres no participaban en los combates, pero hubo muchachas guerreras –como una hermana del jefe Victorio–, que además poseían unos poderes especiales. Generalmente, se hacía la guerra –que podía reunir hasta 150, 200 o más guerreros– para vengar incursiones, asaltos y muertes de guerras anteriores o actos de brujería. Los chamanes eran los encargados de preparar los rituales adecuados previos al asalto. Además, uno de estos "hombres medicina" acompañaba siempre a la tropa e, incluso, algunos de los grandes dirigentes indios fueron también chamanes, como Jerónimo.

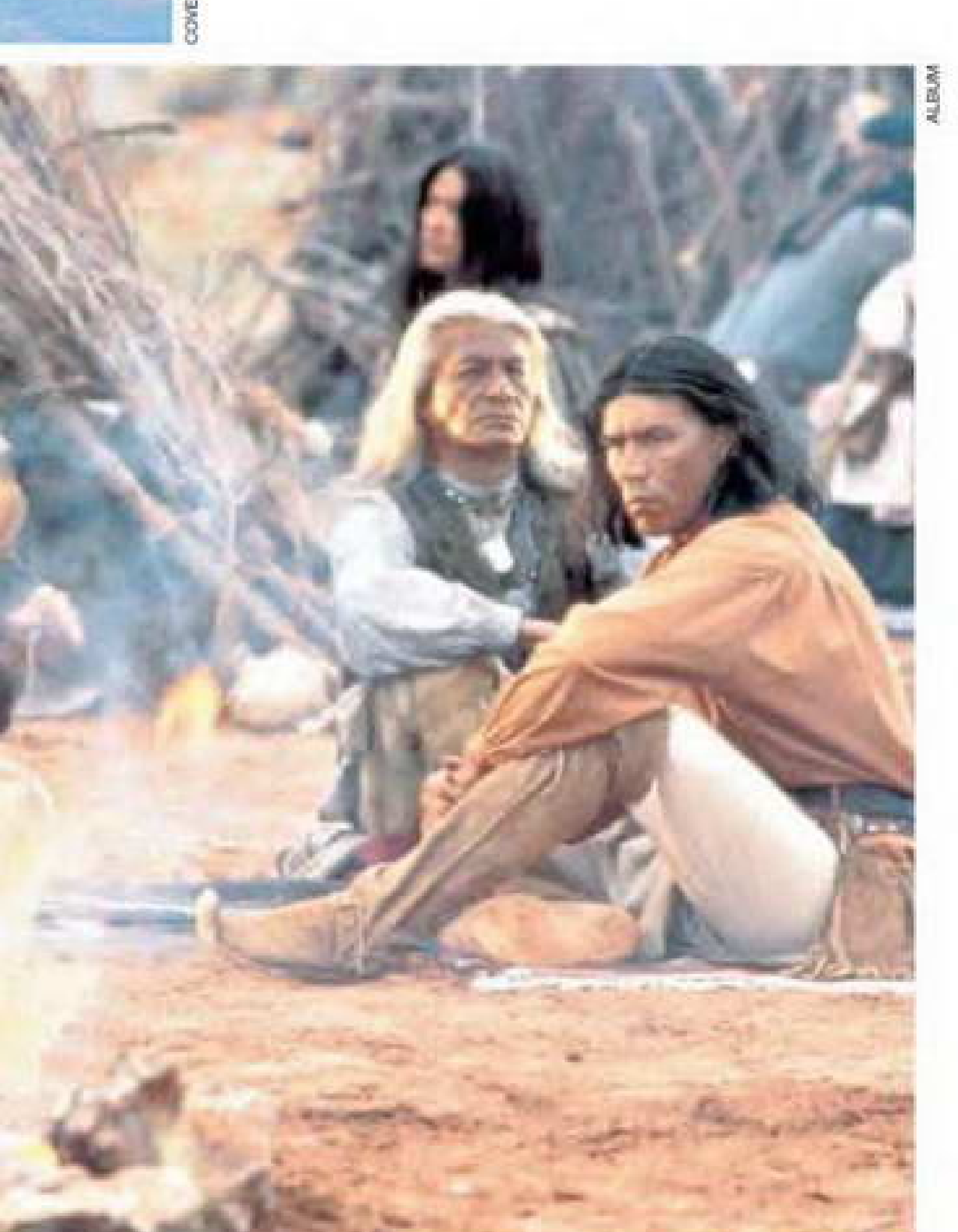
Los apaches –como constatarían los europeos– eran expertos en emboscadas, camuflaje, ataques por sorpresa y guerra de guerrillas. Además, eran capaces de desaparecer o de desmontar un campamento ante los ojos del enemigo sin que éste se diese cuenta, y montaban campamentos falsos para despistar al contrario. Eran muy duros, aguantaban bien la sed y el hambre y podían llegar a recorrer grandes distancias de hasta 50 ó 80 km al día. Los blancos los llamaban "los tigres de la raza humana" y se los consideraba implacables y brutales. Sin embargo, no lo fueron más que los europeos que los destruyeron. A diferencia de otros indios, como los de las

Luchadores natos

Los apaches eran expertos en emboscadas, camuflaje y guerra de guerrillas. En la ilustración, el jefe Águila Gris.

Para cumplir con sus ritos de pubertad, los jóvenes apaches debían adiestrarse en la lucha y participar en cuatro incursiones militares

COVER



ALBUM

De niña a mujer

En la actualidad, la Danza del Sol Naciente se continúa celebrando en las ceremonias de iniciación de las sociedades apaches. A la izquierda, una joven se somete a este ritual en la reserva de San Carlos. Arriba, una escena de "Jerónimo, una leyenda", película biográfica que rodó Walter Hill en 1993 sobre la figura del jefe apache más famoso.

Praderas, el pragmatismo de los apaches les hacía preferir la prudencia a la audacia y rehuían acciones suicidas o peligrosas: valoraban la valentía, pero ridiculizaban el heroísmo, como innecesario y contraproducente. Fue una raza que tuvo que luchar durante cuatro siglos contra los invasores extranjeros. Primero contra los españoles, desde el 1540 hasta el siglo XVIII; años más tarde contra los mexicanos y, finalmente, contra los estadounidenses, ante quienes perdieron la independencia en las llamadas "Guerras apaches" (siglo XIX).

> Los apaches han adaptado algunas de sus tradiciones al mundo actual

Desde que perdieron su última guerra, se vieron obligados a vivir en las reservas –cuya invención se debe a los españoles en el siglo XVIII–, muchas de ellas situadas fuera de sus tierras históricas. Si bien los apaches sobrevivieron o se recuperaron demográficamente, una parte de sus formas culturales desapareció. Con todo, los últimos años han presenciado un renacimiento de sus tradiciones, ya que han sabido adaptarse a los tiempos actuales. ■

BRIDGEMAN

Para la caminata y la carrera

Cómodos y flexibles, los mocasines eran el calzado habitual de todas las naciones indias. Es sorprendente la infinita variedad de modelos, siempre confeccionados por las mujeres con materiales naturales: piel de ciervo, alce o bisonte, y cosidos con tendones. En las zonas boscosas, se decoraban con motivos de flores o animales (izda.). Bajo estas líneas, les mostramos el proceso de fabricación de dos tipos de mocasines: más arriba, el modelo básico y, debajo, otro más resistente, con la suela reforzada.

Pieza principal del mocasín, sin cortes. La cara interna de la piel (más suave) se sitúa hacia arriba de modo que al plegar forme el interior del zapato

1

superficie aproximada de la planta del pie

4

Pieza superior (cierre)

2

A. Se pliega hacia arriba la pieza del cuerpo principal de modo que coja la forma del mocasín. La pieza superior se adapta al hueco delantero del mocasín.

B. Se cosen las dos piezas entre sí y se cose también la parte trasera del mocasín.

C. La parte superior del mocasín se pliega a modo de solapa.

Tira del borde superior

3

Cuerpo del mocasín con un corte en T

2

Suela (cuero más grueso)

1

4

Tira del calzador

A. Se pliega la pieza del cuerpo de modo que se adapte a la suela. La tira superior se curva para ajustarla al borde del cuerpo.

B. Se cosen la tres piezas cerrando el cuerpo por detrás. La tira del calzador se ajusta al hueco delantero y se cose.

JOSÉ ANTONIO PEÑAS

Diez figuras

Exploradores, forajidos, soldados, grandes jefes... ellos forjaron la gran historia del Oeste. El cine los ha pintado como figuras de leyenda, pero detrás de estos "héroes" había unos seres de carne y hueso capaces de todo para sobrevivir en un medio salvaje. Por **Luis Otero y Abraham Alonso**

Custer

Pocos personajes del Oeste han sido más retratados por el cine que el general George Armstrong Custer (1839-1876). Pero, ¿quién fue realmente este militar que alcanzó el generalato con 23 años y que a los 36 llevó a todos sus soldados a la muerte en Little Big Horn? ¿Se parecía al héroe idealista de *Murieron con las botas puestas* o al excéntrico y megalómano guerrero de *Pequeño gran hombre*? Si hacemos caso a los historiadores, parece que al segundo.

Conocido por los indios como Pahuska, "el de los cabellos largos", Custer había nacido en New Rumsey (Ohio) y estudió en la Academia Militar de West Point, donde fue inscrito por sus padres con sólo 16 años para canalizar su afición a las pendencias y su escaso amor a los estudios. Tras su activa participación en la Guerra de Secesión (ver recuadro), se le hizo difícil la quietud de la vida civil y decidió seguir en el ejército a pesar de que su grado de general quedó rebajado al de capitán.

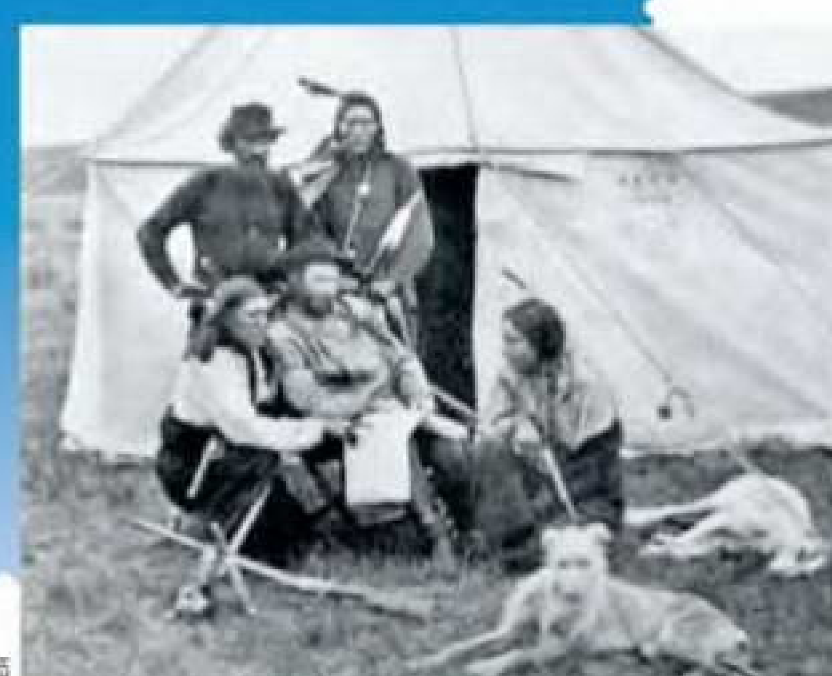
Pero pronto el general Sheridan requirió sus servicios y le ascendió a teniente coronel. En 1867 fue destinado a Kansas al frente del VII de Caballería para participar en la última fase de las Guerras Indias. Abandonó su puesto varias veces para visitar a su mujer y fue expedientado por desatender a los heridos y suspendido de empleo y sueldo durante un año. Sin embargo, el conflicto con los indios, que estaban siendo empujados por los blancos progresivamente hacia el oeste y que veían su territorio cada vez más reducido, le concedió una nueva oportunidad. En 1873 le enviaron al territorio del actual Estado de Montana para proteger a los buscadores de oro que se internaban en territorio sioux. El 25 de junio de 1876 emprendió una maniobra insensata y atacó el campamento indio en Little Big Horn. Custer y los 264 hombres de su regimiento fueron exterminados.

El de los cabellos largos
Así llamaban los indios al general Custer, un hombre excéntrico obsesionado por su aspecto y que no conocía el miedo en el campo de batalla.

COVER

Carrera en la Guerra Civil

La carrera militar de George A. Custer se fraguó fundamentalmente durante la Guerra de Secesión (1861-1865), la sangrienta contienda civil que le permitió ascender en el escalafón a velocidad vertiginosa. Cuando se licenció en West Point, acababa de empezar la guerra y fue destinado al ejército de la Unión con el grado de alférez. El 21 de julio de 1861 participó en la batalla de Bull Run. Después se distinguió activamente en la persecución del general sudista Lee y a los 23 años ya mandaba una brigada de caballería con el grado de general. Combatió en Gettysburg (1 de julio de 1863), y en 1865 recibió de Lee la bandera sudista como símbolo de la rendición del Sur.



Custer en Montana junto a algunos de sus exploradores sioux.

COVER

legendarias

Jerónimo

De rebelde a granjero forzoso. Así se podría resumir la trayectoria del orgulloso jefe de los apaches chiricahuas, Jerónimo (1829-1909), que alternó los periodos de confinamiento pacífico en la reserva con las escaramuzas contra el dominio estadounidense, para acabar siendo exhibido en las calles de Washington durante la toma de posesión del presidente Teodoro Roosevelt.

Jerónimo nació en Doyohn Canyon, en el actual Estado de Arizona. Cuando su esposa y sus hijos fueron asesinados, en 1858, se convirtió en uno de los principales opositores al dominio blanco y atacó a los mexicanos y a los colonos estadounidenses, pero finalmente tuvo que acceder a vivir en la reserva de San Carlos, donde en 1874 asumió el mando de la tribu apache allí deportada. A partir de 1880, muerto el jefe Victorio, inició el hostigamiento de las fuerzas del general George F. Crook para evitar la cesión de su territorio. En 1884 fue capturado, pero se escapó y continuó resistiendo encarnizadamente durante dos años. Por último, ya sin recursos, decidió entregarse voluntariamente al general Miles, con la condición de ser reintegrado en Arizona. Sin embargo, fue considerado como un criminal y condenado a varios años de trabajos forzados.

Recobrada la libertad, en 1894 se instaló en Oklahoma con su familia y se dedicó a trabajar de granjero y a vender sus propias fotografías en las exposiciones. Se convirtió al cristianismo en el año 1903 y dictó su autobiografía poco antes de su fallecimiento. ■



COVER

Amarga rendición
Jerónimo, jefe de los apaches chiricahuas, en una imagen de 1886, a los 57 años, tras entregarse al general Miles.

COVER

La reserva de Rosebud (Dakota del Sur), en 1996.

La vida en las reservas

A lo largo del siglo XIX, la expansión territorial de los colonos blancos llevó al gobierno de Estados Unidos a firmar acuerdos con las tribus indias para el asentamiento de éstas en reservas. Dentro de ellas eran teóricamente libres para vivir según sus costumbres, siempre que se mantuvieran en paz. Pero con el incesante avance blanco hacia el oeste, las tierras indias fueron cada vez más codiciadas y las reservas vieron reducida su extensión o trasladadas a zonas más remotas. Hacia 1880, los indios sólo poseían el 5% del territorio estadounidense, que menguó hasta el 1% en 1934. Hoy se han convertido en una atracción turística.